

## ADMINISTRACION.

6, PINO, 6,  
BARCELONA.

### PUNTOS DE SUSCRICION BARCELONA.

En la Administracion, 6, Pino, 6, y en  
las principales librerías.

### MADRID.

San Martin. Puerta del Sol, 6, y en el  
resto de España y Américas en casa  
de todos los corresponsales de esta  
Administracion.

### PARIS.

C. Borrani, Rue Saints Pères, 9 y Ha-  
vas Fabra, place de la Bourse, 8.

### LONDRES

Eug. Micoud & C.ª 139. Fleet Street.  
F. C.

### MILAN.

Para toda la Italia, Fratelli Dumolard.

Pedidos y reclamaciones á la Adminis-  
tracion, 6, Pino, 6, Barcelona.  
Pueden hacerse las suscripciones desde  
fuera, dirigiéndose a la Administra-  
cion y acompañando su importe en  
sellos de correo.

Este número extraordinario  
CUESTA 1 PESETA.



## PERIÓDICO POLÍTICO JOCO-SÉRIO

SE PUBLICA A LO MENOS UNA VEZ CADA SEMANA

## ALMANAQUE ILUSTRADO PARA 1883

## PRECIOS de SUSCRICION.

### BARCELONA.

Tres meses. . . . . 8 Rs.  
Seis meses. . . . . 16 »  
Un año. . . . . 32 »

### PROVINCIAS.

Seis meses. . . . . 20 »  
Un año. . . . . 40 »

### ULTRAMAR Y ESTRANJERO.

Seis meses. . . . . 40 »  
Un año. . . . . 80 »

### NÚMERO SUELTO CORRIENTE, ORDINARIO

En Barcelona, 4 CUARTOS.  
En el resto de España, 15 Cs. de Pts.

### NÚMERO ATRASADO,

En toda España, 25 Cént. de Peseta.

### REGALOS A LOS SRRES. SUSCRITORES

Todos los suscritores recibirán el nú-  
mero envuelto en una elegante cu-  
bierta, papel de color, conteniendo  
un extenso catálogo de las últimas  
novedades bibliográficas.

Además, verificándose la suscripcion por  
1 año, pueden obtenerse las ventajas  
siguientes:

- 1.ª—Rebaja de un 10 por 100 sobre to-  
das las obras que publique la admi-  
nistracion de este periódico. 6, Pino,  
6, Barcelona.
- 2.ª—Regalo del *Almanaque de la Mos-  
ca* para 1882.

Este número extraordinario  
CUESTA 1 PESETA.



## CARNIVAL

### CUADRO POLÍTICO ORIGINAL

#### DE ACHO CAM

PERSONAGES: MATEO, ANTONIO, PICO DE ORO, SEGISMUNDO,  
UN PEREGRINO, UNA MATRONA.

(La escena en Madrid. Salon bien amueblado. Época actual.)

### ESCENA PRIMERA.

MATEO, ANTONIO.

MATEO. Te he llamado querido compañero  
y adalid de las huestes canoveras,  
porque existe un peligro que amenaza  
nuestra dulce y pacífica existencia.  
ANTONIO. ¿Que dices, tupechino de mi vida!  
MATEO. ¿Ha venido ya Zo...  
ese Zo... que te inspira tanto miedo  
se halla ahora algo lejos de esta tierra.  
Mas si no conjuramos el peligro  
será fácil que pronto aquí se venga.  
Te lo voy á explicar: escucha atento.  
Ya sabes tú, querido, que hoy empieza  
el Carnaval. Pues bien: un periodista  
y demócrata ardiente por más señas,  
se ha atrevido á decir en un artículo:  
«El Carnaval se vá... su muerte es cierta.  
«Ya no hay animacion: los disfrazados  
«no dicen ya chistosas ocurrencias,  
«las bromas son insulsas y no tienen  
«un átomo tan solo de pimienta.  
«Y, á la verdad, las causas que motivan  
«tan rápida y visible decadencia,  
«son naturales, si, muy naturales.  
«con noble afan la humanidad progresa  
«y cuanto más de la mentira huye  
«y cuanto más á la verdad se acerca,

«encuentra tan ridícula la farsa  
«que al olvido profundo la relega.»  
¿Qué te parece, di, la profecía?  
¿Qué te parece, di, monstruo en conserva?  
¡Por vida de los planes de Camacho!  
terrible me parece la sentencia  
del escritor demócrata y te juro  
que no me puedo conformar con ella.  
¿Qué vá á ser de nosotros, buen Mateo,  
el día en que la farsa desaparezca?  
¿Qué vá á ser de nosotros cuando el pueblo  
nos obligue á quitarnos las caretas?  
Solamente al pensarlo me extremezco...  
Y á mi me da la horrible patataleta...  
ANTONIO. Hay que evitarlo.  
MATEO. Si, hay que evitarlo  
por esto te llamé con tanta urgencia,  
avisando tambien al propio tiempo  
á varios queridísimos colegas  
compañeros de farsa.  
ANTONIO. Se oyen pasos.  
MATEO. Son ellos, caro amigo, que ya llegan.

### ESCENA II.

DICHOS, PICO DE ORO, SEGISMUNDO, EL PEREGRINO.

MATEO. ¡Bien venidos, compañeros.  
PICO DE ORO: ¡Salud amigos del alma!  
Yo os saludo enternecido  
como á las flores el aura;  
como el límpido arroyuelo  
á la pradera esmaltada  
de violetas y amapolas;  
como el sol á la mañana;  
como el pobre caminante  
á la choza hospitalaria;  
como allá en tiempos antiguos  
los romanos saludaban  
á Neron, cuando volvía...  
Déjate de historias rancias  
y vamos á lo que importa.  
MATEO. Estoy impaciente, habla.  
PICO DE ORO. Han pronosticado hoy  
que el Carnaval se nos marcha  
con la música á otra parte  
por que ya no tienen gracia  
maldita, los disfrazados  
y por que el pueblo se cansa  
de ver caretas...  
¿Qué dices?  
¡me estremecen tus palabras!  
Yo pronunciaré un discurso  
de ochocientas ó mil páginas  
probando las excelencias  
de esa diversion, fundada  
en tiempo de los romanos.  
Yo criticaré á mi patria  
si eso sucede. y de paso  
hablaré de Scandinavia,  
y de Rusia, y del Egipto,  
y de la raza germana,  
y de las leyes inglesas,  
y de Jonh Bull...

MATEO. ¡Y de Jauja!  
¡cuidado que eres cargante  
cuando empiezas con tu charla!  
Vamos á ver, caballeros,  
si el Carnaval terminara  
¿qué sería de nosotros?  
¿Qué desgracia! ¡qué desgracia!  
¡nos acabábamos todos  
los que adoramos la farsa!  
Sin remedio... sin remedio.  
Esta cuestion es muy árdua  
y opino que desde ahora  
debemos fijar la marcha  
que hemos de seguir. Yo creo,  
y mi creencia es fundada,  
que los que aquí nos reunimos  
somos farsantes de tella,  
capaces de dar un *mico*  
al gran lucero del alba...  
PEREGRINO. ¡Es la verdad! Yo señores  
con mi fecha y con mi facha  
y mi periódico neo  
y el hijo de mis entrañas,  
me las arreglo muy bien.  
Soy de las *masas honradas*  
el ídolo; tambien tengo  
la absoluta confianza  
del Rey de los alcornoques;  
la amistad de Doña Blanca  
y el aprecio de los tontos...  
Cómo mi historia pasada  
ya la conoceis...  
MATEO. Si, si;  
ya sabemos que la máscara  
con que te cubres, es buena,  
¡cuando á tanto neo engañas!  
SEGISMUNDO. Y yo que soy el autor  
de un guisote ó mescolanza  
en el cual he confundido  
monarquía y democracia,  
¿no merezco vuestros plácemes?  
MATEO. ¿No has de merecerlos?... ¡Vaya  
si es peregrina tu ideal!  
ANTONIO. ¡Qué magnífica comparsa!  
SEGISMUNDO. ¡Cómo que en ella se junta  
lo mejor de cada casa.  
MATEO. Reclamo la Presidencia  
efectiva; la honoraria  
se la cedo á Pico de oro,  
canario de todas jaulas  
que inventó el *posibilismo*  
de cambiarse la casaca  
cuando sea conveniente.  
Concedido.  
Gracias. Gracias.  
MATEO. Al veros tan animados  
renace en mi la esperanza  
de un porvenir venturoso.  
¡Adelante camaradas!  
Trabajemos sin descanso;  
disfracemos bien el alma  
con el ropaje brillante



de engañadoras palabras.  
Después, cuando las caretas  
á causa de tanto usarlas  
lleguen á ser conocidas,  
por otras nuevas se cambian;  
y estas por otras y siempre  
con la idea disfrazada.  
lograremos nuestros fines  
que son, rellenar la panza  
á costa de los incautos  
que ayunan y que trabajan.  
Mientras vivamos nosotros  
el Carnaval no se acaba.  
Señores... ¡viva el enredo!  
¡Viva el enredo y la farsa!

Todos.  
(Indescriptible entusiasmo. Se abrazan unos á otros.)

### ESCENA III.

DICHOS Y UNA MATRONA QUE APARECE, CON TÚNICA Y GORRO FRIGIO. AL VERLA RETROCEDEN TODOS ESPANTADOS.

MATRONA. ¡Miserables sectarios de la farsa!  
¡átomos de ambición! ¡hojas caídas  
del árbol Libertad y arrebatadas  
por el fuerte huracán de las envidias!...  
¡Postraos ante mí!... Fuera disfraces!  
rompan ya del engaño las neblinas  
los destellos de un sol esplendoroso,  
los destellos del sol de la justicia...  
Si, yo soy ese sol; ¡con cuanto anhelo  
aguardaban los tristes mi venida!...  
Los tristes son los hijos de ese pueblo  
que siempre fué de vuestro engaño víctima.  
Ya cesó al Carnaval ¡pobres ilusos  
que creísteis eterna vuestra dicha!  
nunca es eterno el mal y solo sirve  
para apreciar las mágicas delicias  
que proporciona el bien... ¡fuera disfraces!  
y bajad esas frentes tan altivas,  
que solo á la honradez y al patriotismo  
es lícito mostrar la frente erguida...  
Mientras habla la matrona se va acercando á ellos que  
retroceden poco á poco hasta quedar pegados á la pared.  
Se eclipsó para siempre vuestra estrella  
y en su lugar resplandeciente brilla  
la de eterna ventura de la patria  
que hallaba en vuestros brazos su ruina.  
Tras de la agitación viene el reposo,  
tras de la oscura noche el claro día,  
y tras del Carnaval y sus engaños  
¡la ceniza, farsantes, la ceniza!

(CAE EL TELÓN)



### COLMOS

- ¿Cuál es el colmo de la fiscalía de imprenta?
- Denunciar los artículos de primera necesidad.
- Y el colmo de la habilidad para una modista?
- Adornar las faldas de un monte.
- Y el colmo de la calvicie?
- No tener pelillos en la lengua.
- ¿Cuál es el de la puntería?
- Matar una perdiz al vuelo, con un tiro de mulas.
- ¿Cuál es el colmo de la anatomía?
- Extraer las entrañas de la tierra.
- Y el de la agricultura?
- Regar todos los días las plantas... de los pies.



### LA CARIDAD Y LA LEY

(Cuadro histórico)

No sé dónde he leído,—juraría que ha sido en Balzac, mi autor favorito,—que pasear es vegetar, y callejear es vivir. Y sin embargo, el paseo tiene para mí un encanto indecible... ¡La soledad me atrae como el abismo! Y luego el paseo es para mí una necesidad, el cumplimiento de una prescripción facultativa.

Paseando la otra tarde por...—no importa el sitio,—llamó poderosamente mi atención una extraña pareja reunida al pie de un árbol.

Estamos en invierno, y los árboles de los paseos y de los jardines públicos acaban de ser podados. Delante de uno de ellos dos bultos de pobrísimos traje y macilento rostro, rebuscan entre los montones de húmeda tierra y hojas secas y se apoderan con gran empeño de algunas pequeñas

ramas, sin duda para quemarlas en su miserable choza y calentarse á su fuego. Son un hombre y una niña. A juzgar por su aspecto pobre y miserable ambos son dos desheredados de la fortuna. El hombre, que podrá contar cuarenta y cinco años es alto y fuerte, si bien las privaciones y los dolores le han marcado cruelmente con su duro sello. Viste un chaqueton de lana remendado por todas partes; pantalón de dril, faja sumamente rota; una gorra viejísima intenta resguardar del frío su cabeza; y se apoya en un fuerte palo. La mirada de sus ojos pardos es quizás un tanto dura, y sin embargo, nada en él revela al criminal sino al desdichado. La niña podría contar nueve años: es morena, ágil y de ojos negros y brillantes. Lleva una falda de percal oscuro; un trozo de manton de cuadros ceñido al talle; un pañuelo de algodón á la cabeza, y unas botas de hombre, llenas de girones, sin gomas, y apenas sin suelas, que no pueden librar sus diminutos pies de la crujiente escarcha. De su brazo pende una cesta rota, en la cual deposita cariñosamente sus pequeñas ramas que se hallan al rededor del árbol.

Son las cinco de la tarde, el sol desaparece, y el frío es cruel.

De pronto un Guarda, un representante de la ley, un salvaguardia de la sociedad, aparece en escena, y con rudos modales obliga á la pobre niña á arrojar al suelo aquellas ramas con tanto interés buscadas, y que sino son de la infeliz criatura tampoco son del guarda.

—¡Este es un ataque á la propiedad, dice el representante de la ley, que yo no puedo consentir!

¡Qué le importan al Guarda, que cubre su cuerpo con un gran capote, que resguarda su cabeza con un magnífico sombrero, y que libra sus manos del frío con fuertes guantes de lana, que aquellos dos seres perezcan de frío en horrible noche!

La niña, ante los rudos apóstrofes del guarda, vierte despatio en el suelo, mirándolas con tristeza y bañándolas con sus lágrimas, las ramas que sus pequeños dedos amoratados por el frío habían ido reuniendo en la cesta. El hombre acaricia un palo, y una sonrisa amarga cruza por sus labios, mientras que sus ojos despiden rayos... ¡En tal momento parecía la imagen viva del famoso Juan Val-juan creado por el inmenso talento de Víctor Hugo en el famoso libro *Los Miserables*.

Temeroso de un resultado fatal, abandoné mi punto de observación y me interpuse entre los dos hombres: felicité al Guarda por lo bien que cumplía lo que yo juzgaba sería una consigna, y elogí de paso sus nobles y elevados pensamientos acerca de los derechos de propiedad. El representante de la ley sonrió con orgullo ante mis elogios, que juzgó merecidos, y continuó su paseo tranquilo y gozoso. Dí al padre una moneda y un beso á la niña. Los dos cogieron mi mano y la cubrieron de caricias. Mi corazón latía con violencia y las lágrimas se agolpaban á mis ojos.

La sociedad, por medio del Guarda, su genuino y legítimo representante, contemplaba este cuadro indiferente y risueño. Es natural, por que como dijo un eminente escritor,

La Sociedad toma á risa  
todo lo que llega al alma.

Y no se nos obgete que las ramas caídas de los árboles que crecen en los paseos públicos son una propiedad, y que la propiedad está bajo la salvaguardia de la ley, porque nosotros responderemos como San Agustín, que donde no hay caridad no puede haber justicia.

Madrid, 1881.

E. RODRIGUEZ SOLIS.



### A UN MAL POETA

Quieres ser ¡infeliz! autor dramá . . . . . tico,  
y esto es absurdo en tí, es estrambó . . . . . tico:  
sé que haces los sonetos con acró . . . . . tico:  
en lo qué, según tú eres muy prác . . . . . tico.  
Te precias de retórico y gramá . . . . . tico,  
y siento no se cumpla tu pronós . . . . . tico:  
yo te hablo muy formal, soy muy patrió . . . . . tico,  
y esto está para mí muy problemá . . . . . tico.  
No juzgo yo tus versos como crí . . . . . tico,  
ni quiero que me taches de profé . . . . . tico.  
ni que digas que soy poco polí . . . . . tico,  
si un consejo te doy, en parte autén . . . . . tico.  
«O escribe, y á la vez hazte analí . . . . . tico,  
ó deja de una vez el arte poé . . . . . tico.»

CASIMIRO FORASTER.

Delante del cuartel de inválidos.

Un niño á su madre:

—Mamá, ¿por qué han cortado los dos brazos á ese soldado?

—Porque siempre se estaba metiendo los dedos en las narices.

En la tienda de un alquilador de trajes al día siguiente al de un baile de máscaras:

—No puedo recibir ese traje; está lleno de grasa.

—Pues yo lo alquilé así.

—Para probaros que sois vos quien lo ha ensuciado, tomad, ahí teneis una pierna de pollo que encuentro en el bolsillo del pantalón.

—Cómo?... Os quejais porque os traigo algunos requisitos de mi cena!...



### EPÍGRAMAS

Varios casados, ya viejos,  
celebraron una junta  
para hablar del matrimonio  
y ensalzarlo hasta la luna.  
Y entre tantos oradores  
—según un pollo asegura—  
no hubo de punta ninguno;  
pero hubo muchos... de puntas...

Luis Pinitos trató siempre  
como orador, de hacer ruido,  
y por más que lo ha intentado  
nunca pudo conseguirlo.  
Se casó tres años hace;  
sigue hablando y ya he sabido  
que á lo menos, desde entonces,  
ha empezado á hacer... pinitos.

RICARDO SEPÚLVEDA



### EL CASTILLO DE LOS GIGANTES.

Los Gigantes tenían un castillo: lo tenían en la cima de la montaña, más alto que la llanura donde siembra el labrador, más alto aun que el monasterio donde reza el monje. Y los gigantes decían al labrador: «dános tu mies,» y él les daba su mies; «dános tu mujer,» y él les daba su mujer; «dános tus hijos,» y él les daba sus hijos. Y el labrador que honradamente lo adquiría todo, aquel hombre que, adquiriéndolo todo, no poseía otros bienes que el resentimiento y la esperanza, se quitaba la gorra al pasar frente al castillo.

Pero un día el labrador amaneció lleno de energía, el sufrimiento le había hecho perder el miedo; se despertó pensando en que los gigantes eran tambien hombres, se atrevió á subir con su piqueta al Castillo y les habló así:

—«Gigantes: No me arrebatéis ya la mies, ni mi mujer, ni mis hijos. Dios me ha santificado la propiedad de todo lo que es obra de mis manos ó de mi cariño; Dios que ha hecho á los grandes para que protejan, no para que dominen. El trabajo, que me ha hecho un Gigante, el trabajo os arroja de aquí.»

Y el labrador golpeó con la piqueta el castillo, y se desprendieron las piedras que se mantenían en pie por el miedo y huyeron los Gigantes.

¡Si, los Gigantes huyeron! Pero cuando, al caer de la tarde, el hijo del labrador atravesaba el valle feudal, su padre no pudo impedir que se echase la mano á la gorra, saludando al Castillo.

Los Gigantes ya no estaban allí; pero en el hijo aun estaba la idea.

FERNANDO DE ARTEAGA PEREIRA.

SE ALQUILA

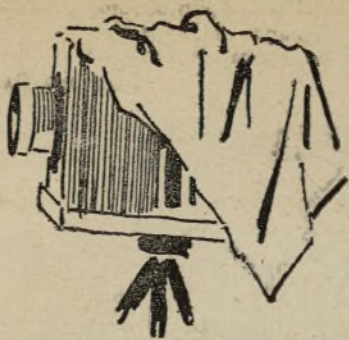


### TROVA.

Las primicias la dí de mis amores  
y ella de hiel dejó mi pecho lleno...  
tal de la adelfa las pintadas flores  
en los labios que besan sus primores  
sientan ingratas su mortal veneno.

MELCHOR DE PALAU.





## OLLA PODRIDA

Dedicada á D. Guillermo Parera Romero.

(Album de un desengañado).  
Poético es amar! decía ella.  
Cuan dulce es la ilusión! decía él.  
Y hoy que ya despertaron de aquel sueño  
la prosa de la vida solo vén.

—Escribió mi amigo Lopez  
un drama para el teatro,  
y no lo admitió la Empresa  
de este modo contestando:  
—No nos conviene la obra;  
pues, sin negar que es muy buena,  
para rendir culto al arte,  
nadie su hacienda arriesga.

—Del pueblo será sosten  
su libertad y su fuero  
defenderé —Bravo! Bien!  
—Gobernar es lo que quiero

—Adios! conserva el recuerdo  
de esos ardientes amores.  
—Ah! Para siempre te pierdo.  
—Volveré pronto; no llores,  
(Si te he visto, no me acuerdo)



## SUCEDIDO

Tres médicos un día se pintaron  
para dar á un sujeto  
la salud que disgustos alteraron,  
A discutir se puso aquel terceto  
si será lo mejor una sangría  
ó dieta rigorosa  
vistos los casos prácticos del día...  
aquí la confusión llegó á tal puesto  
que nada resolvieron; más fué cosa  
de pasar el enfermo á ser difunto  
diciendo al acabar con sus dolores  
yo quedo mudo y ellos habladores.  
Ahora aplicad polítics el cuento  
por si alguien dice que exagero ó miento

## EPIGRAMAS

Al decir el abogado  
que defendía una causa:  
—Yo jamás consentiré  
que continúe esa farsa...  
—Habla V por boca propia?  
preguntó el fiscal, con rabia.  
Y dijo el otro:—Si hablo  
es... por la parte contraria...

## CAVILOSIDADES

Para el que nace, es un pesar tener que admitir como  
justo, cuanto le ha precedido; para el que muere, es un  
dolor tener que abandonar esas injusticias cuyo conjunto  
llamamos vida.

La muger es el resumen de los atractivos; el amor el  
símbolo de las atracciones.

¡La opinion! Docto juez que llama sabio al rico, y loco  
al virtuoso...

Los hombres son hermanos: su patria el universo y su  
enemigo... el de su oficio.

El gran problema de la vida moderna consiste en hallar  
una proporción entre la velocidad que se adquiere y la  
fuerza que se ha perdido.

No concibo más que una guerra legítima: contra la  
ignorancia.

La educación es el diapason normal de la orquesta hu-  
mana.

La misma cantidad de aire produce distinto sonido se-  
gun atraviere el cañon de un fagot ó el canuto de una  
flauta el todo está en saber armonizar los sonidos cuando  
el aire es el universal espíritu y el cuerpo un mero instru-  
mento.

La anemia de la sangre se cura con hierro: la del bol-  
sillo con oro; la del honor con plomo.

El gusano es pasto del ave; el ave, del hombre, el hom-  
bre, del gusano. ¿Dónde está el rey de la creación?

## EPIGRAMA

¿Porqué, desde que un empleo  
te dió el ministro Fernandez,  
cuando á tu muger escribes,  
pones siempre hasta sin h?

## AGRIDULCES

¿No has contemplado nunca  
el flujo y el reflujo de la mar?  
Así mis ilusiones, cual las olas,  
vienen y ván.

Puedes llorar y reír  
porque en ti todo es lo mismo:  
si sonrisa, de serpiente;  
si llanto, de cocodrilo.

Ayer hablando con Laura  
la sobrina del trapero,  
convinimos que en el mundo  
ya todo se vende á peso.

Apostemos, licencioso:  
¿Cuánto va,  
que no quieres ver desnuda  
la verdad?

De este mundo á mi retiro  
solo llega un triste canto:  
que comienza con un llanto  
y acaba con un suspiro.  
Bienestar, dicha perdida  
todo en sus notas lo encierra,  
que es el canto de la tierra  
el poema de la vida.

J. M. DE LASARTE.

## LA CORONACION DEL CZAR.



ESTA escena pasa en Moscou en una sala del  
Kremlin.—S. M. Alejandro III emperador  
de todas las Rusias, vestido en traje de ce-  
remonia, espera.

Un gentil hombre de servicio, llegando.  
—El señor prefecto de policía.

Alejandro III.—¡Por fin!

El prefecto de policía.—Señor, las no-  
ticias son excelentes. Creo decididamente,  
que podemos haceros coronar.

Alejandro III.—¿Vuestras últimas pes-  
quisas...?

Prefecto.—¡No han producido ningun resultado! El  
complot que creímos haber descubierto no existe, ó mejor  
dicho, los que lo habían urdido, son impotentes para po-  
nerlo en ejecucion.

Alejandro III.—Entonces, ¿vamos al templo?

Prefecto.—¡Vamos!

Alejandro III.—Me pongo el manto de armiño

Prefecto.—Sería un grande honor para mí que V. M.  
me permita echárselo sobre los hombros.

Alejandro, revestido ya con el manto.—¡Vamos!

El gentil-hombre entrando precipitadamente.—¡Señor,  
malas noticias!

Alejandro III.—¿Qué pasa?

Gentil-hombre.—Etiervescencia en ciertos barrios, hom-  
bres de aspecto siniestro por los alrededores de la iglesia.  
Por lo demás, los agentes principales del señor prefecto  
de policía llegan á palacio para suplicar á V. M. que sus-  
penda la coronacion.

Prefecto.—Hay que creer á nuestros principales agentes.  
Si han venido hasta aquí apresuradamente, es que pasa  
algo.

Alejandro, quitándose el manto.—Entonces, ¿no nos co-  
ronamos?

Prefecto.—¡Por desgracia!

Alejandro.—Yo he venido únicamente á visitar la Expo-  
sición.

Prefecto.—Es más prudente. Sin embargo, voy á inte-  
rogar á mis agentes. Sale. Vuelve á los pocos momentos.  
—¡Señor, era una falsa alarma! Los informes de mis agen-  
tes, datan de ayer; los míos, de esta mañana. Moscou está  
tranquilo, los nihilistas dispersos.

Alejandro.—¿Nos coronamos entonces?

Prefecto.—¡Podemos hacerlo!

Alejandro se pone otra vez el manto.—Ya no he venido  
únicamente para ver la Exposición.

El gran duque Constantino se verá al fin satisfecho.

Un general precipitándose en la cámara.—¡Señor no  
salgaís!

El general.—¡Malas noticias! Catorce conspiradores ni-  
hilistas acaban de ser descubiertos por mis soldados. Se  
cree que vais á aprovechar vuestra estancia en Moscou  
para coronaros, y los revolucionarios han tomado sus me-  
didas.

Alejandro, quitándose el manto.—Seamos prudentes y  
aplacemos la ceremonia. (Al prefecto de policía).—Pero,  
¿cómo ignorábais...?

Prefecto.—¡Señor, os repito que mis informes son bue-  
nos. S. E. el general exagera. Podeis haceros coronar con  
toda tranquilidad.

Alejandro III, poniéndose el manto.—¿Creeis...?

El general.—¡Señor! ¡Os va en ello la vida y quizá la  
suerte de la dinastía! ¡No os coroneis hoy!

Alejandro, quitándose el manto.—¿Esta es vuestra opi-  
nion?

Prefecto.—No es la mía. (Alejandro se pone el manto).

El general.—Es mi parecer y el de vuestros ministros.  
(Alejandro se quita el manto).

Prefecto de policía.—Nunca hallará V. M. mejor oca-  
sion. (Alejandro se pone el manto).

El general.—¡Señor, no podeis elegir peor dia. (Alejan-  
dro se quita el manto).

Prefecto de policía.—¡Al templo, señor!

El general.—¡Al fondo de vuestros aposentos!

Prefecto.—¡Venid!

El general.—¡Quedaos!

Alejandro III cayendo desfallecido en un sillón.—¡No  
puedo más! ¡Dadme siquiera un cuarto de hora de des-  
canso y comenzaremos otra vez!

ERNESTO BLUM.

## DE MI CARTERA

Yo he visto pescar langosta  
y la pescaban en lancha.  
Es natural. A la angosta,  
se la pesca con la ancha.

CONSTANTINO GIL.

## LA VOZ DEL PUEBLO

Voz del pueblo, voz de Dios,  
Voz del pueblo voz del diablo;  
Estos son refranes Pablo,  
Ata si puedes los dos.  
Si miro lo que sucede,  
Y busco realidad,  
Voz del pueblo es en verdad  
La del que más grita y puede.

FRANCISCO FORS DE CASAMAYOR.



## BOCETO

I

Las notas de un magnífico piano se estendian por el re-  
ducido espacio de la sala, y no cogiendo allí, salian en  
traviesas ondas sonoras por el balcon, perdiéndose luego  
en las alas del viento.

Dulce era aquella melodía, cuyo tema persistía siempre  
cada vez con más belleza, bordado frecuentemente de  
notas juguetonas y brevísimas como los instantes de un  
sueño agradable.

Pulsaba aquel instrumento un corazón apasionado, pues  
si los dedos recorrian el teclado ágiles, distinguiéndose por  
lo seguro, al par que por lo delicado de la ejecucion, algo  
que tenía más fuerza; algo que no podía sujetarse á reglas;  
algo fuera del alcance de la mirada daba á la música  
acentuacion arrobadora, acariciaba el tema como se acar-  
icia á la mujer querida.

Un hombre abrió bruscamente la puerta dando al traste  
con aquel raudal sonoro.

Jacobo se apartó del piano y cojió con presteza la carta  
que le entregaba el bárbaro autor de aquel crimen.

Pocas líneas contenía la misiva, cuyo papel lujoso y per-  
fumado, cuya exactitud y limpieza en los caracteres, daba  
á entender claramente que no solo había sido escrita  
para él

Pero algo, misterioso tambien, como el secreto resorte  
que tan patéticas notas arrancara, contendría el papel,  
cuando al poco rato de haber quedado pensativo, con el  
goce pintado en su rostro, volvió al piano arrancándole  
entonces secretos de tanta hermosura, que no parecía sino  
que el alma del génio se derbordaba toda en aquel ins-  
tante.

Mas admirables aun que las sonatas y las sinfonías de  
Beethoven, son sus secretos fiados en un momento íntimo  
al pentágono. Allí el génio no sueña; no se introduce en  
el mar de la armonía, iniciando tempestades que luego se  
desencadenan con furor; llevando la imaginacion de aquí  
para allí con ímpetu terrible, al igual que las embraveci-  
das olas del océano se arrojan unas á otras la desventura-  
da nave; allí no pasan ante la vista las hermosas legiones



de mujeres imposibles, con el cabello suelto, el seno palpitante, y los ojos lanzando fulgurantes llamaradas; ni los monstruos de las malas pasiones huyen atolondrados ocultando sus horribles rostros con las crispadas manos; ni se ensalza lo grande, ni se denigra lo mezquino, ni se desea lo infinito: no: en aquellas breves é inmensas bellezas, se llora y se goza, se sufre y se ama, y el alma aprovechando un instante de aislamiento, fijos los ojos en un punto, dá libertad á las lágrimas reprimidas; pronuncia claramente un nombre; deposita en la sublimidad del arte, todo lo que siente, todo lo que desea.

¡Adelaidal! ¡la Ausencia! poemas son tan inmortales como su autor, en los cuales palpita en toda su fuerza el corazón de Beethoven.

## II

Luces, perfumes, animación; damas encantadoras; hombres ansiosos de agradar; sonrisas, miradas de inteligencia, indiferentes miradas; esperanza en unos, desengaño en otros; desalento aquí, ansiedad allá: esto contenían aquellos lujosos salones.

Después del concierto, dió principio el baile.

Mas bella que nunca, tentadora como siempre, manejando los ojos con destreza incomprensible, recorrió todo la dueña de aquella mansión, la célebre, por su hermosura, Alicia de Guaji.

Jamás playa alguna ha recogido más suspiros de las peregrinas olas que los que esa mujer ha hecho exhalar; la luna no ha oído más alabanzas, ni el dolor ha sido más cruelmente tratado, que lo era ella de los despechados amantes.

A juzgar por la inquietud de Jacobo, que permanecía medio oculto en una cortina devorando á aquella mujer con la mirada, sin ser notado siquiera, pertenecía también él á dicho número.

Pero no, que unos ojos de poder sobrenatural, calman su ardor, y un brazo blanco como un puro pensamiento, torneado con arte y dotado de elocuencia infinita, oprime el brazo de aquel soñador, hacéndole sentir divinos goces.

El aire fresco y lleno de aromas, hace respirar con placer á una pareja. El no sabe donde le conducen. Ella, sin vacilar, penetra en un cenador misterioso.

—Me matas Alicia, me matas. No haces ningún caso de mí. Apenas correspondes á mis miradas; nada te interesa mi pena. No seré digno de tí; pero te amo, te amo; no sé decirte otra cosa; vida mía, te amo.

—¿Pero es posible que así hables? ¿Ignoras que no soy libre? ¿No te dije que convenía finjir ante la sociedad? Por Dios: soy tuya, pero en público no quiero que me comprometas.

—Yo estoy celoso hasta de la tierra que pisas: soy ridículo; soy sentimental; pero si te adoro, si eres mi vida, ¿qué culpa tienes tú? ¿qué culpa tengo yo? Perdóname.

Y como si se tratase de solventar una deuda atrasada, aquella mujer, al oír tales palabras, llenó de besos rapidísimos los labios de Jacobo, que, los recibía extático, loco, fuera de sí.

¡Qué preciosa se presentaba la mañana! ¡Cuán suave, era el aire! El inmenso globo de fuego, ¡qué colores tan bellos imprimía á las aguas del mar!

Era menguado el corazón para contener su dicha: había de participar de ella la naturaleza. Así tardó tanto tiempo en ir á su casa. El horizonte era inmensamente hermoso, pareciéndole que estaba al alcance de su mano. La Primavera le llevaba perfumes con el viento de aquella hora de felicidad; pero no, su intento era robar el grato olor que Alicia había dejado en su cuerpo.

Luego, duerme, duerme, con la sonrisa en los labios. ¡Envidiable sueño!

¡Alados querubines; geniecillos que alimentais la ilusión: posaos sobre aquella frente, sin hacer caso del clavel que se consume sobre aquella mesa! No os vayais tan presto: no imitéis á la flor.

## III

Era la hora de la tarde en que más animado estaba el *Círculo*.

Gran número de grupos en el salón principal, comentando el hecho del día, la última noticia política, el escándalo más reciente. Al rededor de las mesas de tresillo, muchos curiosos. Dormían tranquilamente algunos en apartados salones; otros tarareaban lo que un aficionado echaba á perder, vertiéndolo al piano; y en el saloncito más recóndito, se hallaban sentados en uniforme fila de mecedoras, los hombres terribles; los conquistadores; los que tenían en perpetuo afán y sufrimiento miles y miles de corazones femeninos.

Tenía la palabra el coronel, el cual empleaba los momentos de pausa en retorcerse los poblados y negros bigotes.

—En una palabra, amigos míos; está hecha un basilisco porque ayer no fuí á saludarla al palco. Quería dar celos á la marquesa, ¡qué empeño tiene, en que se enteren todos de la pasión que por mí siento!

¡Pero esa mujer, es efectivamente como la fama pregonera?

—Sí, hombre sí; ignora V. lo de Plácido? ¿no ha llegado á su noticia la fuga de Biarritz? Diríjase V. á la de Guaji, y apuesto doble contra sencillo, á que, si V. no se declara, se declara ella.

Y dicho esto, todas las lenguas vaciaron lo que no cabía en aquellos cuerpos; y tal cadena de escándalos formóse en poco rato, que bastaba cualquiera de sus eslabones para hacer las delicias de la bilis más exigente.

Habéis visto sin duda anunciarse una tempestad. Denas capas de nubes oscuras ciérranse sobre un punto del horizonte, contrastando su oscuridad con la nítida blancura del espacio lejano. Toma el mar un color horrible, entre verde y negro, y su rugido aterroriza, semeando la voz de un monstruo, cuya espantosa boca vomita oleadas de aquella agua. La montaña, toma del horizonte y toma del mar, ofreciendo aspecto tan triste y pavoroso, que se

mira con horror, pues no parece sino que aquella es la guarida de la eterna sombra. Igual aspecto que la montaña antes de la tormenta, ofrecía Jacobo cuando hubo oído la conversación.

Todo él era sombra; todo él tinieblas.

Lanzaban de continuo sus ojos siniestra llamarada, que hacía crecer las palpitaciones revolucionarias de su pecho. Si el relámpago aturdió, daba el trueno pavor.

Allá en un salón largo y estrecho, dos mesas extensísimas, repletas de libros y periódicos, invitaban al sueño á algunos afortunados mortales.

Jacobo hizo presa á un volumen de sencilla encuadernación; abriolo, recorrió algunas líneas maquinalmente, y dió rienda suelta á sus pensamientos, como si quisiera desafiar al autor del libro en fantasía y originalidad.

La calumnia no se forma tan presto, como la máquina de desesperadas imaginaciones de nuestro héroe. Ya forjaba la venganza más cruel; ya el desprecio más ofensivo. Sus labios movíanse febrilmente con irregularidad sin igual.

No había duda: la palabra era menguado molde para encerrar todo aquello. Y el libro avergonzado, corrido, caía abierto en la mesa; y el viento, indiferente á lo que allí ocurría, escurriéndose entre la persiana, levantaba una tras otra vertiginosamente las hojas.

Aquel montón de sombras alejóse de allí, y al poco rato despertaron dulcemente los graves poseedores de aquellas mesas, como despierta al primer albor del día el feliz campesino, á quien saludan mil canoras aves, cuyo canto se confunde con el murmurio del ramaje, las alegres risotadas del arroyo y el son de la vecina campana.

## IV.

Vacilantes, desesperadas, ya levantando gran estrépito, ya siendo apenas perceptibles; ora locas, corriendo toda la escala; ora fijándose maquinalmente en un punto; las notas de aquel piano aturdián, dispersándose por toda la casa y confundiendo con los gritos, con los cantos, con la algazara propia de noche de verbena, que había en la calle.

Un alma desesperada manejaba el teclado. Sí; no había duda: la lucha, la indecisión, el despecho, los celos; caían sobre el marfil, para hacer sufrir sin compasión á las cuerdas.

Descansando en elegante pié de labrada caoba, se hallaba un retrato de mujer, cuyo cuerpo hacia destacar el dorado marco.

Sin curarse de la borrasca que se producía bajo sus piés, ella hermosísima, provocante, incitadora, se hallaba fando el peso de su figura perfecta, á una barandilla de artísticas columnas. Hacia daño la indiferencia que se leía en su cara, y más que todo, aquella sonrisa insolente.

Por fortuna, sus ojos irresistibles, tenían extraordinaria expresión. Tanta elocuencia había en ellos, que su estudio se hacia presto. Fuego, mucho fuego; he aquí lo que contenían.

¡Desgraciado del que quisiera desafiarlos! Se perdería en ellos, al igual que se pierde eternamente en el mar, el misero río que, creyéndose poderoso y valiente, asusta con sus travesuras á una comarca entera, para ir á morir rápidamente en el inmenso océano.

Jacobo la miraba de encontrados modos, lanzando sobre ella, á torrentes, aquella lira armónica. Si tropezaba su vista con la sonrisa, ejecutaba un anatema; si la atraía aquel conjunto, daba al espacio sonidos impregnados de embriaguez; por fin, dió con los ojos, y una melodía breve, apasionada, divina, persistió por largo tiempo, creciendo siempre en acentuación, en vida, en ansia.

Continuaba la verbena cada vez con más estrépito, pero Jacobo nada oía, nada escuchaba. La melodía siempre, la melodía encerrando un poema encantador.

De pronto se levantó; apoderóse del retrato y colmóle de besos frenéticos, delirantes.

Un coro de carcajadas llegó hasta él, que le hizo estremecer.

Dejó el retrato en su sitio, contemplando como el aire disipaba los azules vapores con que su aliento había empañado el cristal.

No cesaba el ruido en la calle. La verbena estaba animadísima.

JOSÉ JUAN JAUMEANDREU.



### Á UN CLAVEL JASPEADO.

Quiso un sabio nombre dar simbólico á cada flor, y al ver tu forma y color no te acertaba á nombrar;

Pero un día fijó en tí largo rato su mirada, y al verte pura y manchada de lágrimas, dijo así:

Muestra tu corola ufana sobre la blanca ilusión lágrimas del corazón, te llamaré, dicha humana. (1)

(1) Alfonso Karr.

Por eso yo, cuando miro tu matiz con puntos rojos cierro angustiada los ojos y se me escapa un suspiro.

JOAQUINA BALMASEDA.



### INDIRECTA

A la puerta de tu casa un viejo te viene á hablar: yo que te adoro, Tomasa, lo he sabido averiguar. Por eso ya no me quejo, y tus desdenes me esplico: pues anda por medio un viejo y por apéndice rico.

Tómalo por donde quieras pero estás haciendo el bú. ¿Es que él te quiere de veras, ó que le conquistas tú?... C. F.



### NOTAS.

¡La gloria...! ¡la gloria! ¿Para qué quiero yo la gloria? ¡Ni siquiera puedo remendar con ella mis pantalones!

Y por otra parte, bien despreciable y de poco valor ha de ser la gloria cuando aun no he visto una sola tienda de ultramarinos donde se anuncie: «Aquí se vende gloria por mayor y menor.»

He oído también hablar del camino de la gloria, pero por las pocas personas de quienes he sabido que han recorrido ese camino, me temo que ha de ser muy peligroso; así es que hasta que no pongan Guardia civil...

Otra cosa: ¿Y por qué no ha de construirse un ferrocarril para recorrer el camino de la gloria? ¡Ir á pié! ¡Y con estos zapatos! Renuncio, ¡vamos! renuncio. M.

### EPIGRAMA

«Préstame tu flauta; dijo; Con afín mi prima Inés, Voy á probar, y esta vez Aprendo á tocar de hijo:

Y aprendió, ¡por vida mía! Tan bien, y con tal destreza Que sin cesar cuando empieza Me la toca todo el día...

ALFREDO MARTINEZ.



# Astronomía política.



ECLIPSE-PARCIAL, verificado, satisfaciendo «La razón de Estado.»



Moderna ATRACCION LUNAR á despecho de cierto calamar.





### EL ABANICO

Hé aquí una especie de instrumento que para nada sirve y para todo es preciso.

Calculen ustedes si se ha hecho necesario que hasta ha invadido la casa de los poetas.

Lo ménos tengo yo una docena en mi mesa de escribir esperando turno.

Así es preciso inventar una circular poética para salir del paso, y la verdad es que es un instrumento mudo que habla.

Si yo fuera músico lo llamaría instrumento de viento.

Como que es preciso que le dé el viento ó el lo provoque para que hable.

No sabemos cuando se inventó el abanico, pero su uso debe ser muy antiguo; porque siendo el arma ofensiva y defensiva de la mujer, debe ser tan antiguo como ella.

El abanico tiene su lenguaje particular.

Las mujeres hablan por medio de sus varillas como pudieran hablar con su lengua.

Es decir hablan con mas libertad.

Todo consiste en el modo de dar el abanico.

Unas veces expresan odio, otras amistad; ya celos, ya resentimiento, ya frialdad, ya amor.

Es un barómetro de los sentimientos de su alma ¿Quién no ha visto unos ojos negros haciendo la puntería por entre las varillas del abanico?

¿Quién no ha visto asomar una boquita como una guinda por entre los pliegues de la tela?

El abanico es un pretexto para todo: es como los específicos del Doctor Garrido, que se aplican á todas las enfermedades.

Sin el abanico la mujer se conceptuaria viuda.

Es su primer amor y su primer esposo.

Después del ama de cría lo primero que chupa es el abanico.

Por eso es el depositario de todos sus secretos.

El cómplice de todas sus coqueterías.

El causante de sus glorias ó sus amarguras, y hasta la víctima a veces de sus desesperaciones.

¡Cuántas veces lo desgarran y hace pedazos cuando cree que no ha cumplido bien con su obligación!

El ejercicio del abanico es muy complicado.

Pero es un ejercicio que no necesita tambor ni corneta. Bastan unos dedos listos y lijeros.

Cuando quieren probar la finura del pretendiente ó aficionado que tienen al lado, dejan caer el abanico con un fuerte ¡ay!, para que el otro, aunque esté distraído, acuda al golpe.

Siempre procuran tenerlo en guardia.

Algunos dicen que el abanico es la red de la mujer.

Y yo creo que no dejan de pescar con esa red pájaros.

No habeis observado el acto de la pesca?

El abanico entonces se torna en telégrafo.

La electricidad se cruza por todos lados.

Se tapan media boca con el abanico con la que dicen que no, y dejan la otra media fuera con la que dicen que sí.

El no resulta siempre confuso; el sí claro.

Cuando el pájaro está para entrar en la red, esconde la carita detrás del abanico diciendo: no pase V. adelante.

El hombre avanza entonces y ¡cataplum! se queda entre los hilos.

El abanico es el verdadero intérprete de sus pensamientos.

Es el maestro, ó mas bien la batuta del amor.

Algunas asoman por detrás del abanico dos ojos como dos ascuas que dicen que no, mediante un gracioso movimiento.

Pero al mismo tiempo dicen con la boca: ¡Qué maldito hombre, no acaba de declararse.

Hay algunos tan marrajos, que no entran en la red por nada del mundo:

Esos hombres se llaman positivos.

A estos los avivan largándoles un abanicazo, diciéndoles al mismo tiempo: No sea V. bobo.

El abanico cargado de electricidad, conmueve como una centella.

Otras cuando la víctima ahonda demasiado en sus declaraciones, se oculta la cara con el abanico diciendo: Calle V. que me ruborizo.

Y cuando el hombre calla, le arrima esta especie de pu-yazo! ¿Se ha comido V. la lengua esta noche?

Otras mientras se le están declarando al lado en prosa, leen los versos del abanico que son declaraciones poéticas, y se encuentran pretendidas en prosa y verso.

Otras muerden los picos del abanico cuando no ven la cosa tan palpable como quisieran.

Otras lo llevan arrastrando de una cadena como si fuera un perro: algunos se rechiflan entonces porque creen aquello una predestinación.

No falta quien lo lleva para quitarse el sol ó mas bien la ruda sombra de algun pobre deshauciado.

Muchas veces sirve de pantalla entre dos amantes: mientras habla con el uno, le tapa la cara al otro con el abanico, y vice-versa.

Por eso dice un poeta con razon:—Si los abanicos quisieran hablar á los hombres!

Pero no hablan más que con las mujeres.

El abanico sirve de sable, porque se defienden y pegan con él en momentos dados.

Y hasta se han dado *sablaños*.

Yo he visto casos.

La mujer sin abanico, seria un ave sin plumas: dejaría de volar.

Seria un militar sin armas; un cuerpo sin corazon.

Dad á una mujer un abanico y ella os dará prisioneros.

Dejadla que lo maneje á su antojo, y vereis su red llena de pájaros.

El abanico es el arca de la alianza entre la mujer y el hombre.

Es el Génesis del amor.

El abanico, como ha dicho un escritor, es un molino de viento que muele los huesos del hombre.

A. ALCALDE VALLADARES.



### APROPÓSITOS (a)

Una tiple muy bonita que ha llegado de Ultramar, vino á ESLAVA el otro día pues se quiere contratar. Porque dice que allá en Cuba, no se puede sostener: y se vuelve á la península para darse á conocer. Pero tiene tales humos, y ha pedido un sueldo tal, que el Empresario, señores, no la puede soportar: y se encuentra de ella harto, pero harto de verdad,

por arriba,  
por abajo,  
por delante,  
y por detrás.

No me estraña que la gente dé de Lola en murmurar porque dicen que ocho novios se entretiene en engañar. Y que siendo tan coqueta como ustedes pueden ver, aparenta otra distinta de lo que ella suele ser. Aunque no falta quien diga que son cosas de la edad, hay algunos que aseguran que no es todo... santidad y que ya de novios tantos debe la niña de estar

por arriba,  
por abajo,  
por delante,  
y por detrás.

CASIMIRO FORASTER.

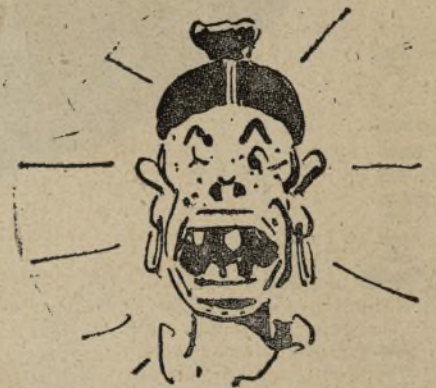
(a) Música de la Zarzuela en un acto Los Feos



### EPÍGRAMA.

Quejábase Gil Coleta de que el diputado Embucho, que antes le mimaba mucho, lo trata hoy á la baqueta. Todos después de subir son así, dijo Gaspar: dan destinos al entrar y puntapiés al salir.

A. ALCALDE VALLADARES.



Un periódico que acaba de publicar en un suplemento la lista de los sucesos más importantes ocurridos durante el año, ha recibido la siguiente carta:

M. S. M.:

He notado con disgusto que en la sección necrológica no ha mencionado V. el fallecimiento de mi suegra.

Como este suceso es muy importante, me creo obligado á señalar su omisión, no dudando que será debido á un error involuntario.

Con este motivo, etc.

M. M., suscriptor.



X. Z., fondista, que nunca ha visto entrar en su casa más de dos personas al día, se encuentra ahora apurado para servir al numeroso público que concurre á su establecimiento.

El medio de que se ha valido es sencillísimo. Tiene una gran lista de personas, cuyos domicilios conoce, y á cada una de ellas vá dirigiendo por turno una carta parecida á la siguiente:

«Sr. D. N. N.: Si, como supongo, es Vd. caballero, no deje de asistir esta noche á las ocho á la fonda de X. Z., donde tendré el gusto de darle una contestacion favorable á su epístola amorosa. No soy casada, como V. supone; tengo con que vivir, y no necesito más que una persona que pueda ofrecermela un amor desinteresado.

«En fin, esta noche hablaremos: llevaré guantes de color lila.—Luisa.»

El que recibe la carta dice: «Hombre, esto no debe ser para mí, y eso que viene dirigido á mi nombre. ¿Si será...? Pero no; en fin, ¿qué me cuesta ver? Iré á la fonda, comeré bien, beberé mejor, y cuando venga la señorita de los guantes lila...»



Y se va á la fonda.  
 En cuanto llega le acomete un mozo.  
 —¿Qué va á ser?  
 —Un cubierto de á... dígame Vd.: ¿ha venido por aquí una señora que lleva guantes de color de lila?  
 No, señorito, no la he visto; ¿de qué precio quiere Vd. el cubierto?  
 —De veinte reales.  
 El verdadero lila come despacio. Se pasa el tiempo. Cuando acaba de comer dice: «¡Ya decía yo que no era para mi la carta!»  
 Entonces se levanta, llama al mozo, paga y le dice:  
 —Si viene por aquí una señora con guantes de color de lila, y pregunta por un caballero á quien había citado, le dice Vd. que ha estado esperándola hasta ahora, que ya sabe donde vivo, que me escriba nuevamente...  
 —Está bien.  
 —Guantes de color de lila; ¡no se le olvide á Vd!  
 —Está bien; ¡Lila!  
 El engañado se va satisfecho, el fondista se queda riendo; pero es lo que el dice: «¿Hasta cuando podrá durar esta farsa?»  
 Y... ¡eso mismo digo yo! ¿Hasta cuándo?

M. M.



### LAS OREJAS DEL BORRICO

A un burro que vió pasar dijo el burlon Baltasar:  
 —¡Vaya una figura rara que tienes, con ese par de orejas de media vara!  
 —Yo no me las he escogido,—replicó el asno advertido:  
 —No royéndomelas andes; que Dios tendrá bien sabido por qué me las hizo grandes.

J. E. HARTZENBUSCH.



### EL LITERATO COLECCIONISTA

(Desde el otro mundo.)

Yo soy un literato conocido desde hace varios años sepultado; fui poeta y prosista de prestado; nada de mi caletre he producido.

Biografías y versos han corrido que con mi nombre impávido he firmado, sin haberlos jamás imaginado por haberlos de extraños recibido.

Por misión me propuse imprimir todo lo que llegaba á lo ancho del embudo; y satisfecho de mis actos quedo. A muchos he alentado de este modo con ello recojí más de un escudo! Y más de un literato es mi remedo.

J. D. CORTES.



En una casa de empeños.  
 —Caballero, este gaban es de lana, y nosotros no admitimos nada de lana, porque se pica.  
 —Ca, no lo crea usted; mi gaban no tiene nada de susceptible.



### UN GENIO ANONIMO

No sé si por mi fortuna ó por mi desgracia, huyendo de los calores de Madrid, decidí pasar el verano último en L., un pueblo que bien pudiera llamarse de pesca, aun que dista muchas leguas del mar y no tiene río.

Nada hay en L. digno de llamar la atención del viajero, y oscuro y olvidado vive y vivirá del resto de España, á no contar entre sus pocos vecinos un genio anónimo, cuyos méritos me propongo dar á los vientos de la publicidad para tormento de doctores más ó menos Garridos, y gloria de curanderos más ó menos rurales.

El genio en cuestión, no tiene ningún título académico ó si le tiene, lo oculta con esquisita modestia, dejándose llamar lisa y llanamente el tío Diego.

Cuando sus convecinos dan,—y dan constantemente—en la flor de elogiarlo, lo dejan á uno turulado. ¡Qué talento y sobre todo, qué manos debe tener el tío Diego! Lo mismo estirpa un ojo de pollo que un ojo de la cara; lo mismo corta una calentura, que una pierna, y lo mismo saca el sol de una cabeza, que una muela ó dos de una mandíbula.

Yo he tenido ocasión de conocer á este rey de los curanderos y confieso ingenuamente que su amistad me ha proporcionado ratos deliciosos.

Hablando de lo conveniente que es atender á los males desde su principio, me dijo una tarde:—Por haberme llamado á tiempo, ¡á cuántos enfermos, á cuántos he librado del patíbulo!

Hombre chapado á la antigua, compadece desdeñosamente á los admiradores de la doctrina de Hahnemann, y más de una vez le he oído exclamar:—Los lóbulos homoplásticos son la carabina de Ambrosio, y los medicamentos en pequeñas diócesis, pamplinas y nada más que pamplinas.

Amenudo emplea palabras cuyo significado desconoce. —Póngase Vd. unos estimulantes que obren como derivativos, y beba agua ligeramente saturada de magnesia, ó adulterada con cremor;—me dijo en una ocasión que me quejé de dolor de cabeza;—y si no cede, será preciso hacerle una evacuación tópica.

A imitación de los grandes médicos, solo en casos graves visita á los enfermos en sus casas. En el zaguan de la suya tiene establecida una especie de consulta pública, y aquello es lo que hay que ver y lo que hay que oír.

—Este muchacho,—me decía una mañana, mientras reconocía á sus enfermos,—tiene un enorme paradiño en el dedo índice; aquel infeliz padece dolores románticos; el que está á su lado tiene escórfulas; el de más allá sufre una ilusión de demencia; á esta mujer la voy con llevando el flato histórico gracias á los infusorios de malvas. Et sic de ceteris.

Fuera de lo que él llama su facultad, tampoco se muere de la lengua el tío Diego.

En el ejercicio de su cargo de mayordomo de un señor de Madrid que posee algunas fincas en L., lo encontré un día caminando muy de prisa hacia una casa de campo próxima al pueblo, y al querer detenerlo, me dijo:—No puedo perder momento, pues voy á medir unas tierras en cumplimiento de una real orden de mi amo.

—Tengo asegurada la salud pública,—le decía una vez al alcalde;—en el pueblo hay ahora una epidemia de salud. Aficionado en extremo al arte pictórico, afirma que no ha de morirle sin hacer un viaje á Madrid, con el único objeto de visitar el mausoleo de pinturas.

Hablando de la invasión sarracena, asegura que los moros entraron en España por el Fijo de Ceuta.

Es partidario de la ley sáfica, por creer que á ella se debe el desestanco de la sal, y califica de inhumanas las leyes de Toro, suponiéndolas protectoras del arte de Pepe-Hillo.

Mucho más pudiera decir del tío Diego, pero para muestra ya hay bastantes botones.

Un rasgo antes de concluir.

En los últimos días de mi estancia en su pueblo, una muela me proporcionó malísimos ratos, y con objeto de que me la sacara, acudí al inclito tío Diego.

La examinó mi hombre, me sentó en un banco, aplicó el gatillo á la parte dolorida, llamó á su mujer, que era una montañesa como un templo, y gritándole «¡aprieta Pacal», antes de que pudiera escaparme de entre sus manos, se colgó la tal Paca del extremo del terrible hierro, y al cabo de algunos segundos, que me parecieron siglos, saltó hecha pedazos mi muela á la vez que algunos no despreciables fragmentos de mandíbula.

Cuando le increpé duramente por semejante atropello, me contestó con la mayor naturalidad:—Yo no hago más que marcar la posición de la herramienta; para apalancar está mi mujer. Rasgos de esta especie, no necesitan comentarios.

¡Ni dentistas!

CARLOS CANO.

### CASOS COMUNES<sup>(1)</sup>

Juan envidia de Bruno la nobleza, y Bruno á Juan envidia la riqueza; ambos envidian á Luis la calma, y este envidia á los dos, con toda el alma, honores y fortuna; ¡qué simpleza! Bruno con lo de Juan feliz sería, Juan sería feliz con lo de Bruno, lo de Luis á los dos contentaría,

(1) Obras de Bartrina.—Se venden en la librería de G. Parera, 6, Píno 6, Barcelona.

y á Luis feliz lo de los dos haría;  
 ¡Y con lo propio no es feliz ninguno!  
 Podemos deducir de esos extremos, que, de la vida atados en el potro, felicidad es lo que no tenemos.  
 Tal vez mejor diremos:  
 Felicidad es lo que tiene el otro.

J. M. BARTINA



### CANTARES

Amor con amor se paga, desden con desden se olvida, pero no se olvida nunca de una mujer la perfidia.

Personas hay que tratadas y por lo que en sí aparentan, parecen ser unas santas y son pájaros de cuenta.

Tu dices que soy un sábio: que tengo cosas muy grandes; mas ya que lo sabes tú no se lo cuentes á nadie

Tres cosas debe tener el hombre para casarse: mucho valor, poco seso, y de conciencia... un adarme.

Las mujeres y las flores tienen grande analogía: atracción, belleza, encanto y agudísimas espinas.

Con una posada al mundo se le puede comparar: muchos entran, muchos salen, unos vienen y otros ván.

CASIMIRO FORASTER.



### IDEAS SUELTAS.

En materia de relaciones, las únicas que no traen consecuencias son las de ciego.

Una declaración de amor es una declaración de guerra al bolsillo.

Las lágrimas de los amantes son como las lluvias de verano: casi siempre ván acompañadas de truenos.

Si los ángeles son los que moran en las alturas, mi novia debe ser uno de ellos: vive en piso quinto.

Cuando menos se acierta la edad de una mujer, es cuando llega á cierta edad.

Para que todo sea raro en el amor, la mayor seriedad de los amantes la guardan para cuando están de monos.

La mujer pasa su vida jugando: primero juega con las muñecas, luego con los novios, después con los niños y por último con los perros.

Si los ojos son el espejo del alma, las mujeres que lloran á menudo deben tener el alma... de cántaro.

La mujer quiere que todo se le dé hecho; hasta para darnos su amor nos obliga á que se lo hagamos previamente.

Siendo los niños los ángeles del hogar, los maestros de escuela deben vivir en el cielo. Por los menos, muchos de milagro.

El marido más terco deja de serlo cuando sale de un baile con su mujer. Le carga salirse con la suya.

CARLOS CANO.



La civilizacion á fines del siglo XIX.



EN RUSIA.



La civilizacion á fines del siglo XIX.



EN ESPAÑA.





## COLMOS.

El colmo del reuma:  
—No entrar en el ministerio de Hacienda hasta que en-  
juguen la deuda.  
El colmo de la frialdad en el delito:  
—Un escalofrío.  
El colmo del prestidigitador:  
—Hacer de tripas corazón.  
El colmo de la hilandería:  
—Devanarse los sesos.  
El colmo del hombre asnal:  
—Ver la paja en el ojo ajeno.  
El colmo del equilibrio:  
—Sostener lo dicho.  
El colmo del andarín:  
—Andar en lenguas.  
El colmo del recaudador de contribuciones:  
—Cobrar miedo.  
El colmo de la usura:  
—Prestar atención.  
El colmo de la sed:  
—Beber los vientos.  
El colmo de las coles:  
—La col mena.



## EPÍGRAMAS

—¿Pero aún soltero, Tomás?  
—Y con dos niñas:  
—¡Demonio!  
¿con qué dos niñas?... —Si tal  
—¿Y donde están?  
—En mis ojos.

Miguel es mudo y es sordo,  
y sorda-muda Mercedes;  
y, sin embargo, con todo  
saben los dos entenderse.

CASIMIRO FORASTER.



## CUENTO.

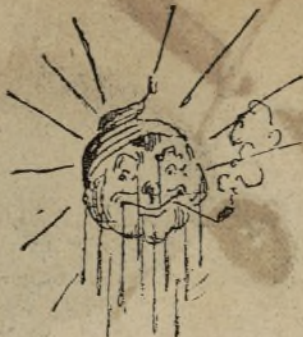
Muy contrita una criada  
Fue á confesarse en Cuaresma,  
Y se acusó de las sisas  
Y de otras faltas diversas.

Quiso luego el sacerdote  
Ver si estaba bien impuesta,  
En la doctrina cristiana  
Y le dijo: «hermana, atiende:

«¿Qué día murió el señor?»  
—¡El señor! padre, usted sueña!...  
—¿Cómo!—El señor no murió.  
—¿Qué dices?—Hablo de veras.

Quién murió fue mi Señora  
De un ataque á la cabeza;  
El, aunque estuvo malito,  
Logró salvar la pelleja.

V. M. MULLER.



—¿Tienes ahí la petaca? Dame un puro.  
—No puede ser, solo me quedan dos; el uno me lo voy  
á fumar y el otro tiene la *capa rota*.  
—No importa, yo los fumo *en cuerpo*.



## EN UN ABANICO.

Dicen varias personas  
que bien me quieren,  
que tus ojos engañan  
muy fácilmente,  
y dicen otras  
que no engañan tus ojos,  
sino tu boca.

Por si también me engañas,  
solo te pido  
que tu boquita pegues  
á este abanico,  
para que entiendas  
que siempre *has de pegarmela...*  
...de esa manera

RICARDO SEPÚLVEDA.



## NOMBRES PROPIOS.

Todo nombre de hombre ó mujer es nombre propio,  
dice la sesuda gramática aderezada por los sabios acadé-  
micos de nuestra lengua, es decir, de la lengua de nuestra  
patria ¡Error notabilísimo! ¡Nombre propio todo el de  
mujer!... Callaré respecto á los de hombre, porque casi me  
convenzo de que la Academia ha *dicho* una verdad: cono-  
zco á muchos Juanes que no desmienten su nombre en  
ninguna ocasión que se les presenta, es decir, que tienen  
un nombre propio, natural; en fin, el que les conviene.

Pero respecto á las mujeres, ¿cómo he de permitir que se  
diga que todo nombre que ellas lleven es propio? ¿En qué  
cabeza cabe semejante desatino?

Yo conozco lo menos trescientos nombres de mujer que  
son completamente impropios, y venga á negármelo la  
Academia con todos sus miembros, después de leer los  
renglones que van á seguir á estos.

Visito á una Clara que, cuando habla, ni Dios la entien-  
de. Todavía no he podido averiguar si es catalana ó ga-  
llega.

He tratado á una Virtudes bailarina de *can-can*.

Mi amiga Angustias tiene siempre la sonrisa en los labios  
y los pies en danza, y creo que no se angustiaría aunque  
viese degollar á un regimiento de coraceros, que son sus  
favoritos entre los militares.

Conozco á una Magdalena que no se arrepiente nunca;  
á una Lucía que no ha lucido jamás, y á una Soledad que  
nunca ha estado sola. ¿Lo entienden ustedes?

Nunca.

Trato íntimamente á una Pura que, ¡válgame Dios y  
todos los santos! y á una Nieves que es capaz de derretir  
todas las del Polo ártico y algunas más.

He tenido relaciones amorosas con una O. más delgada  
que una I y con una Tecla que dejaba de sonar en cuanto  
la tocaban.

También he conocido á una Ventura que hizo mi des-  
gracia y la de varios conocidos míos; á una Segunda, que  
fue tercera siempre, y á una Leona que fue mansa toda  
su vida.

Tengo una vecina muy guapa, si señor, muy guapa,  
pero que parece que sus padres la hicieron de una libra de  
chocolate de la Compañía Colonial. ¡Y fiense ustedes de  
los nombres propios! ¡Se llama Blanca!

Conozco á una Socorro incapaz de socorrer al más ne-  
cesitado; á una Remedios que no lo fue de nadie, y á una  
Reposo que no para ni dos minutos al día.

Doña Benigna es una señora viuda por cuarta vez, y  
con un carácter tan benigno que mató á disgustos á sus  
cuatro esposos.

Hay una tiple de zarzuela que se llama Modesta. Una  
noche después de hacer una *escala* más sucia que la de un  
castillo arruinado, la oí decir lo siguiente:

—¿Qué venga la Patti á ver si hace esto!

Repito á ustedes que se llama Modesta. Y por otra parte  
ella tenía razón; la Patti no hubiera podido nunca hacer  
aquello.

Conozco además á una Milagros que no hace ninguno;  
á una Rosario que no ha tenido nunca *cuenta* para nadie;  
á una Dolores que está rebotando salud, y á una Rosa que  
en su vida ha oído bien.

Sé de una Cándida que ha engañado á un prestidigitador;  
de una Plácida que ha ocasionado más de un tabardi!...  
y de una Inocencia que sabía más que un cabo de cor-  
netas.

Y he conocido, en fin, á una Casta que era con su nom-  
bre un sarcasmo viviente, y á una Polonia que se enamoró  
de un ruso.

¡Después de todo lo dicho y mucho, más que callo, que  
llame la Academia de la lengua nombres *propios* á ciertos  
nombres que llevan ciertas mujeres!

M. RAMOS CARRION.



Con redes Sebastian, con caña el tío,  
Se fueron juntos á pescar al río.  
Gran pesca hizo el sobrino en poco rato,  
Pero el tío pescó ¡solo un... zapato!  
*Esto enseña, lector, que aquí en España*  
*Se pesca más con redes que con caña.*

R. CHICO DE GUZMAN.



## EN CONFIANZA

Hay gente tan incompleta,  
que no sabe hacer la *u*  
ni contar una peseta;  
y escribe Cristo con *q*,  
y caracoles con *zeta*.  
Mi vecino Pantaleón  
tiene de esas á montones;  
y sin maldita aprensión  
se manda hacer *pantaleones*,  
y se firma.... *Pantalon*.

CONSTANTINO GIL.



—¿Como te ha ido desde que no te veo?  
—Muy mal; escribí un drama titulado *Los doce pares...*  
—¿Y qué dijo el público?  
—¡Qué nones!



Dos niños, acompañados de una preciosa Miss, pasan  
por delante de la casa de Moneda.

—Mira, mira, Paquito,—dice la niña,—mira que humo  
sale por la chimenea.

—¡Naturalmente!—dice el niño—¡estarán friendo las  
pesetas!





## DEL MATRIMONIO ME ESCAMO.

### LETRILLA.

Cual la loca mariposa  
Vuela, de gozar ansiosa  
Los perfumes de las flores,  
Vuelo tras cualquier hermosa  
Por gozar de sus favores.  
Cual segundo Juan Tenorio  
Gusto de broma y jolgorio,  
Pero el dedo no me mamo,  
Y en cuanto huelo á casorio  
Del matrimonio me escamo.

Me enamoré de una chica  
Que era á más de jóven, rica;  
Aun su recuerdo me alegra,  
Pero conté sin la suegra  
Mujer que en sesenta pica.  
«Decídase usted, por qué  
Mi hija pierde y... ya se vé...»  
Más yo que andana me llamo  
Respondí «á los piés de usted;  
Del matrimonio me escamo.»

Hablando ayer con Teresa  
Que es la polla más traviesa  
De cuantas yo conocí,  
Con su boquita de fresa,  
Me dijo detrás de un sí;  
«Mamá á poco que usted insista...  
Nuestra boda está ya lista;  
Pero en vez de un «yo te amo»  
Le respondí: «hasta la vista;  
Del matrimonio me escamo.»

Me gusta Emilia por qué  
Tiene un garbo, un no sé qué,  
Y lleva con gracia tan  
El pañuelo de tartan  
Y la falda de moaré  
Que es mi hechizo, mi embeleso;  
Pero si tratara de eso  
Yo más ligero que un gamo  
Le diría «de amarte ceso;  
Del matrimonio me escamo.»

Charlando por la escalera  
Con una niña hechicera,  
Al decirle yo «estoy loco  
Por tu amor» con gran descoco  
Me dijo de esta manera:  
«Si es con buen fin... y mamita...»  
Mas yo, á quien tal nombre irrita,  
Saltando de un brinco un tramo  
Le interrumpí: «señorita,  
Del matrimonio me escamo.»

Por eso al tratarse de ellas  
A las feas y á las bellas  
Doy contestación igual:  
Que aunque es mi amor celestial  
Ver no quiero las estrellas.  
A las segundas prefiere,  
Por ellas casi me muero,  
Cuando una me engaña bramo,  
Y si esto es siendo soltero...  
Del matrimonio me escamo.

R. CHICO DE GUZMAN.



## PENSAMIENTOS.

El amor es una cosa muy grande compuesta de muchas cosas muy pequeñas; como quien dice: Un poema de aleluyas.

En el alfabeto de la felicidad la primera letra es la X.

Quijote y Sancho no son dos hombres; son dos mitades de un hombre; son un hombre; son el hombre.

Un presidiario es uno de los pocos seres que pueden comprender con cuanta razón llamamos esposa á la mujer con quien nos unimos.

¡Dicen que la vida es un sueño! Verdad que hay bastantes que sueñan, pero verdad también que hay muchos que solo duermen.

J. M. BARTRINA.



## FISIOLOGÍA DEL ABURRIMIENTO

Cuando el hombre no sabía nada, tuvo miedo; cuando creyó saberlo todo, fué víctima de un desconsolador hastio.

Los pueblos que nacen no se aburren, el niño de coitos años no se aburre, el guerrero en la encarnizada lucha no se aburre. Se aburren, si, el pueblo decrepito, el hombre cansado, el soldado viejo.

La repetición de un mismo acto, el aislamiento unas veces, la sociedad otras, son estimulantes del hastio. Pero es inútil buscar y señalar las cosas que nos fastidian. Todo, absolutamente todo, es material de aburrimiento. El aburrido, como el enfermo de daltonismo, todo lo vé de un color, todo uniforme; solo que, por fortuna, el aburrimiento es un daltonismo intermitente; tiene sus treguas y á veces radicalmente se cura.

Nace de muchas causas particulares, pero de una general: la decrepitud. Tiene dos fases: una la de los que se aburren recordando lo pasado; otra, la de los que se aburren del pasado, del presente y del porvenir.

Algunos holgazanes no comprenden que el hombre trabajador se aburre del descanso, pero nada más cierto. Por el contrario, el indolente mira con hastio el trabajo, y si las circunstancias le obligan á engranarse en el mundo de la vida agitada, se aburre completamente, y todo se convierte para él en líneas rectas, que no paran; como para el trabajador es el descanso una línea recta que nunca se mueve.

Un hombre en toda su vida no hace más que cabezas de alfiler, de su padre aprendió la industria, vivió siempre en ella y de ella. Su existencia se reduce á comer, á dormir, á trabajar con las dichas cabezas de alfiler. ¿Creeréis que se aburre?

—Pero hombre, le pregunta cualquiera, ¿no ambiciona V. variar de trabajo?

—No, señor.

—¿Y no tiene V. ningún ideal, no sueña V. en nada.

—Mientras trabajo no, y cuando duermo sueño que trabajo.

—¿Y ni el menor átomo de aburrimiento?

—No señor.

—¿Es V. un hombre feliz?

El que tales contestaciones obtiene, puede sentar una ley, que juzgamos exacta, siquiera parezca paradójica: «El que no tiene ideal no se aburre.»—Esplicuémonos.

Por tener ideal, generalmente se entiende, encauzar las acciones á un fin, cuya realización está muy lejos. Ideal de una modistilla es cazar á un opulento banquero, ideal de todo filósofo gozar de la contemplación de la verdad, ideal de todo español ser ministro. El ideal deja de serlo tanto cuanto más á lo real se acerca. Que un orador de correcta palabra é intencionada frase sueña con regir los destinos de su país, no es tan ideal como parece: es, si acaso, una aproximación de ideal, un cuarto de ideal mezclado en tres cuartas partes de ideal.

Ahora bien, cuanto más lejos el objeto de las miras del hombre, más desaliento, más vacilación, más duda, más aburrimiento, más maldecir las ilusiones, más encontrar yermo el mundo, más sentirse frío y desear abandonar una vida maldiciendo una y mil veces el ideal. Por eso se arroja por el viaducto ó digiere una caja de fósforos la ambiciosa modista, se consume el sabio, y pone fin á sus días el político desahuciado por la suerte.

Los que trabajan por trabajar, los que comen por comer los que viven por vivir: esos no se aburren. Las fuerzas que desarrollan las consumen; hay, pues, en ellos vigor y equilibrio.

Cuando de esta enfermedad se trata, se suele hablar de las personas que nacen aburridas, que viven del hastio, que mueren de plétora de hastio, sin olvidar á Inglaterra, ni dar de mano al decantado spleen.—El spleen es el abur-

rimiento. Hay muchas gentes que se aburren sin saberlo, solo los ingleses saben aburrirse. A ellos debemos el código del tedio, sus preceptos y sus leyes. En aburrirse, son maestros apóstoles. Un inglés nos decía:

—Crea Vd. que no hay nada en el mundo tan divertido como aburrirse.

Y es que los ingleses, á fuer de hombres parlamentarios, han convertido el hecho en ley, la enfermedad en epidemia. Rasgo idiosincrásico suyo el spleen, no se sabe á punto cierto si se aburren porque son ingleses, ó si son ingleses porque se aburren.

El aburrimiento nacional, se distingue con rasgos señaladísimos del personal. Otro inglés nos decía:

—Me aburro: primero, porque soy inglés, y segundo, porque me aburro.

Personas viven en el mundo que aunque muy divertidas tienen á veces amagos de enfermedad, al observar determinadas producciones de la naturaleza. ¡Cuántas veces nos cansa la lectura de un libro, un espectáculo, un paisaje, un vecino ó una vecinal!

En la época del clasicismo, el omnipotente Luis XIV para divertirse, acudió al expediente de aburrir á todo el mundo, y de aquí la literatura clásica y la distinción entre el hombre sabio y el vulgar.—Un hombre vulgar es un hombre que no comprende las delicias del aburrimiento; un sabio es un hombre que se aburre con fruición.

Todos los vicios, todas las pasiones, todos los caprichos se subliman al promulgarlos el poder. El vicio se transforma de miserable en épico; la virtud orgullosa es casi un vicio.—Y cómo, según ántes dejamos consignado, es el aburrimiento corrupción, decrepitud, hijo del excesivo gasto de fuerzas, del agotamiento de las pasiones ó del ansia por el ideal, en ninguna parte se manifiesta este vicio, ó enfermedad con señales tan sensibles, tan marcado, tan de relieve, como en el sitio, cabaña de rey nomada ó palacio, donde se derrocha fuerza y se consume poder. El tirano se aburre, y para matar el aburrimiento, las mas veces, es tirano. Confiado en su omnipotencia, cuando agotó la distracción lícita acude á la licencia y apura la extravagancia; tan dueño es de una cosa como de otra. De lo que nunca es dueño, es de la distracción. El tribunal severo de la historia debiera no prescindir de estas consideraciones. Si el amor salva, según Cristo, el aburrimiento hasta cierto punto disculpa; es una circunstancia atenuante.

Neron se aburría. La vida de Neron no es la vida de un criminal empedernido. Avido de goces el clásico emperador, fué sanguinario porque el derramamiento de sangre era para él un medio, nunca un fin. Si le garantizaran la diversión sería inofensivo. Nada más digno de lástima que Neron si hubiese vivido entre el pueblo y no le aclamaran como supremo Jefe del estado las masas.... Aun hoy, es para nosotros un verdugo del mundo y una víctima del fastidio.

El triunfo de la buena nueva marca un progreso. Los dioses se van, pero ¿sabeis por qué?

El paganismo es la carne hecha deidad, es la teología del placer, pero al propio tiempo es un sacerdote de la imaginación. La imaginación es el primer Dios del paganismo. La imaginación es la que siempre en pos de la originalidad, retuerce troncos, desfigura torsos, anima estatuas palpitantes, atiza el desenfreno, pasea á la vástal desde el templo al coliseo y engendra á los dioses.... La invención no es eterna, lo torzado tiende á ser natural: de aquí que pronto se rompieran las ficciones y que la potencia imaginativa quedase exhausta. Viejos los más extraños y anti-naturales placeres. Mercurio cogiendo el caduceo olvidado, Venus desgraciada, Júpiter ridículo, Apolo sin luz, Juno sin celos, el Olimpo en masa emigra. Los dioses se van, y se van porque se aburren.

Para acabar con el hastio, funesto en sus resultados, han inventado los hombres un gran número de diversiones. La distracción está en razón directa del aburrimiento; de aquí, que en todo pueblo que se divierte veamos á un pueblo que se aburre. Los goces son relativos. A ellos acuden el que necesita acallar con sacudidas extremas, con violentas emociones, la monotonía que le embarga. De la misma manera que, según opinión de un gastrónomo distinguido, el primer requisito necesario para un suculentísimo banquete es tener hambre, la primera condición para que la diversión sea completa, es que el pueblo que intente divertirse se aburra, tenaz y profundamente.

En la antigüedad había una institución guardadora del sentido común: el oráculo. Refiere la historia, que predijo al faraon Micerino, la muerte como fin de un plazo de seis años. El faraon quiso mostrarse más solapado que el oráculo.—Viviré doce, pensó, y fabricando una multitud de candelabros, creyó que convertía el día en noche, entregándose en brazos de la concupiscencia, del crimen, del pecado. Vivió seis años, como el oráculo quería, pero se aburrió doce.

Más ingenuos algunos, confiesan la deficiencia de los calmantes del aburrimiento. Recordamos haber oído preguntar con encantadora ingenuidad á un favorecido de la fortuna:

—Mi vida es una diversion completa... ¿Me divierto?

Otros, casi hidrópicos, en las ansias del fastidio, remueven pasiones, en busca de consuelo á su mal. Uno de ellos exclamaba:

—¡Me he divertido tanto, tanto, que he llegado á aburrirme de toda diversion!

J. NOMBELA Y CAMPOS.





# ALMANAQUE DE LA MOSCA ROJA PARA 1883.

0. General satisfactorio  
autor de hecho muy notorio.  
El número cero tiene;  
es el que mas le conviene.

1. He ahí el General Serrano  
que esculpe la Zurda mano

2. Duque y Marques es el Dos  
que manda con buen pretexto;  
si es el Dos no se por Dios  
porque le llaman el Sexto.

3. Por cumplir la terminante  
orden del Gobernador  
aun no puede este señor  
exhibirse por delante.  
(Es nuestro administrador)

4. Es el imberbe Martitos  
que ayuda a los fustoritos.

5. Es consecuente y honrado  
este bulldog moderado.

6. Non ragionar di lor  
e il monstro conservador.

7. Al verle así, yo me crispo  
y lo digo muy formal!  
¿Quién te mete, ¡oh! Necedal  
a ser cura y ser obispo?

8. Dize que es sabio entre los sabios  
preciso es que así se entienda;  
siendo Ministro de Hacienda  
dize La muerte en los labios.

9. Su oratoria tan proclama  
los extremos ya concilia.  
¡Ay!... ¡flamenco doña Emilia  
¡ay! barbiata Castelana.

10. Aunque oculta la nariz  
y lleno de negros puntos,  
retrato es, según baronatos,  
de Lorrilla el de Paris.

11. Es politico guason,  
fusonista y frac-mason.

12. En... cualquiera

13. De los montes varios partes  
procura con la sencilla;  
es Morel una cerilla  
de las de cien por dos cuari os.

14. Por lo que deja entrever  
aquella fotografia  
cualquiera adelantaria  
que el perro Pazo ha de ser.



Moscorrojofotocromolitotipopolíticografía (con garantie du gouvernement)

Ayuntamiento de Madrid





## EPIGRAMAS

Perdió al final de su viaje  
un bulto cierto viajero.  
y entre airado y lastimero  
al reclamar su equipaje,  
decía haciendo un insulto  
á la moral y á la empresa:  
—Yo no me voy de esta mesa  
sin que me busquen el bulto.

Llevaba el niño de Sancha,  
para un peligroso juego,  
dos banderillas de fuego  
que le regaló Cara-Ancha.  
Saludan o á la mamá  
se las pedí, y se negó  
respondiéndome:—No, no,  
que son para mi papá!

Un gobernador paciente  
á quien todo le alarmaba,  
telégramas prodigaba  
al Ministro indiferente.  
No le valían sus artes,  
y ante tal indiferencia  
le escribió:—Ruego á Vucencia  
tenga presentes mis partes.

Con un tratante en granos  
se casó Rita:  
¿Cómo tendrá su cuerpo  
la pobrecita!

EUSEBIO BLASCO. (1)



El joven Arturo de B. encuentra á uno de sus amigos.  
—Venía á tu casa por un asunto muy serio.  
—Si te hallas desfigurado!...  
—Tengo un duelo.  
—Ah!... Mi pobre amigo!...  
—Tú me has dicho siempre que estás dispuesto á rendirme todos los favores que te pida.  
—Y te lo repito.  
—Pues bien!... Quieres batirte en mi lugar?  
—¿Cuánto le debes al sastre?  
—Once duros.  
—Eso es una miseria! ¿Si le debieras tres mil reales como yo!...  
—Se los debo á otro.

La Sociedad contra el abuso del tabaco ha puesto en estudio el tema siguiente:

«Influencia del tabaco en las funciones de la generación. En que grado puede determinar el tabaco la degeneración de la raza.» La sociedad se propone hacer experimentos en los animales y recibirá todas las comunicaciones relativas al asunto.

He ahí una cuestión muy grave.  
Si se reconoce que el tabaco detiene las funciones de la generación, las coquetas que, para conservarse, no querrán tener hijos, harán fumar á sus maridos una docena de cajetillas diarias.

Si el tabaco pone enfermo al marido, que martirio para el desgraciado!... Y á que graciosas escenas asistirá uno siempre!...

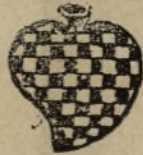
Después de comer, cuando el marido se apresta á encender un excelente cigarro, la suegra se precipitará sobre su yerno y le arrancará la regalia de la boca, exclamando:

No, caballero, yo no puedo consentir que fumeis; yo deseo que mi hija sea madre.

(1) Epigramas por Eusebio Blasco, un tomo en 8.º, 4 reales, librería de Guillermo Parera, 6, Píno, 6, Barcelona.

Los empleados municipales están formando el padrón de una casa.

—¿Cómo se llama el cabeza de familia?—pregunta uno.  
Un dependiente:  
—Don Serapio Diez y Diez.  
El empleado:  
—¡Hombre, no! ¡Será don Serapio Veinte!



Esa mujer inconstante  
á quien con delirio adoro,  
tiene en el pecho un tesoro...  
¡un corazón de diamante!

Ayer, al verte pasar,  
dijo uno:—¿Cuanto vale!  
Si cual yo te conociera  
no hubiese dicho esa frase.

Que no haga versos tan tristes  
me dices... ¡empeño loco!  
pedirme risas á mí  
es pedir peras al olmo.

TOMÁS CAMACHO.



## CUESTION DE FORMAS.

Dice un autor que «en las cuestiones de Estado la buena forma es el todo.»

Y yo me permito añadir que no solo en las cuestiones de Estado, sino en todas las cuestiones, las buenas formas son el todo.»

Por ejemplo: La nación H. ó R. se enreda de palabras con la nación R. ó H.

La nación H. exige de la nación R. una satisfacción y esta en vez de satisfacción prefiere darle un disgusto.

La nación H. al saberlo, escupe por el colmillo izquierdo, tose fuerte, deja á un lado el palique, y armada de punta en blanco, toma el tole, y se cuela por las puertas de la nación R. con la sana intención de romperle la crisma.

La nación R. mide sus fuerzas, calcula que la otra puede armarle un pié de paliza, y entonces, después de los preliminares de costumbre y de ofrecerle dos pesetas por gastos de viaje, la desarma por completo con un *Vd. dispense*.

Esto es, cuando la cosa va de potencia á potencia, que cuando va de usted á mí ó de mí á V. (aun cuando tengo la seguridad de que somos dos potencias en pequeño) prescindimos de los preliminares y nos damos por desarmados con un *Vd. dispense* á secas.

¡Ojalá tuviera yo tantas pesetas, aun cuando solo fueran de á treinta y dos cuartos, como veces me han dejado mudo por un rato, se entiende, con el dichoso *usted dispense*.

¡Recuerdo un día en que bajaba yo muy satisfecho por la calle de Alcalá en dirección al Prado!

Bien presente lo tengo: iba silbando el can-can de *Los dioses del Olimpo*. De pronto ¡zás! el garrotazo más soberano que imaginarse puede, fué á hacer añicos el ala de mi sombrero. Sin darme tiempo siquiera para ver de donde venía el aire, se repite el *stacatto*, y un individuo, un sombrero y un bastón rodaron por la acera.

Inútil será decir que el individuo era un servidor de ustedes.

Me levanté como pude, busqué al repartidor (y no de novelas) y al poco rato, ya no era uno, eran dos que rodaban.

Los curiosos formaron corro, nos separaron, empezé á averiguar la causa del jaleo que acabábamos de bailar, y ¡pásmense ustedes! mi contínuo después de mirarme declaró, con la voz, el gesto, y el ademán del pecador más arrepentido, que era un inglés de Vallecas, que tomándome equivocadamente por un deador suyo, me había dirigido aquellas indirectas tan espresivas.

¡Horror!... yo me lo quise beber, sin azucarillo, para lo cual me armé con un bastón que aun se encontraba en el suelo, pero las carcajadas de los concurrentes hicieronme reparar en el sitio en que me hallaba, y al escuchar de los labios de mi conocido desconocido, un *Vd. dispense* más grande que una catedral, finis de todas mis disculpas, le entregué su bastón, con lo que dicho se está que quedé desarmado.

El *Vd. dispense* es lo que siempre se tiene á prevención en la punta de la lengua.

Sin embargo, hay aun otras cosas más chuscas que el *Vd. dispense*, y que si no se tiene en la punta de la lengua, están constantemente en la punta de la pluma.

Pero lo que antes he dicho á ustedes, *cuestion de formas*.

Vean sino la prueba de ello:

D. Fulanito ha recibido una ofensa de D. Menganito y quiere vengarla.

Para conseguirlo coje papel y pluma, y le envía la siguiente pílora:

«Caballero:

He recibido de Vd. un ultraje y necesito beber su sangre antes de veinticuatro horas.

Espera, pues, que se sirva elegir padrinos, su *afectisimo*, etc.»

¿No les parece á Vds. chocante que un hombre que se dice *afectisimo* de otro anhele beber su sangre?

Pero lo que decimos, *cuestion de formas*.

Otras veces, un marido *escamon*, que ha observado que un pollo pasea con frecuencia la calle donde vive, haciendo siempre guiños á su mujer, se decide á cortar aquello de raíz, y escribe la epístola siguiente, que arroja á los piés del pollo en uno de los momentos en que este mira los balcones de la mujer de su marido.

«Señor mio:

Advierto á Vd. que si insiste en perseguir á mi mujer, me verá en la sensible necesidad de romperle el bautismo.

Su *afectisimo* S. S. Q. B. S. M... etc.»

Bien dicen, que manos besa el hombre que quisiera ver cortadas.

Ahí tienen Vds. uno, que al mismo tiempo que promete á un prójimo romperle el bautismo, se ofrece á él con el mayor respeto, no solo *afectisimo*, sino tambien *seguro servidor*, y además, concluye besándole la mano.

Y todo, ¿por qué?... por la *cuestion de formas*.

Lo he dicho, lo repito y lo sostengo, la *cuestion de formas* es el todo de todas las cuestiones. ¿Cómo que es lo que tiene preocupado á todo el género humano! Pues por qué les parece á Vds. que nos damos tan malos ratos las mujeres y los hombres?... Nada más que por *cuestion de formas*!

Ellas por las nuestras, y nosotros por las suyas.

¡Claro! Cuando entre dos hombres hay una *cuestion*, generalmente danza por medio una ella. Por eso la *cuestion* aquella es *cuestion de formas*!

Cuando dos mujeres se arrancan el moño, casi siempre es por un hombre: luego es *cuestion de formas* tambien.

Y con franqueza: todo cuanto hacemos en este mundo mujeres y hombres, es por hombres y por mujeres; luego ahí tienen Vds. la prueba de que las *formas* y sobre todo las *buenas formas*, son la *cuestion* de todas las cuestiones.

ANTONIO RAMIRO.



## ROSA.

Mira esa joven pálida  
¡Con qué gentil donaire  
luciendo vá el pié breve  
y columpiando el talle!  
¡Qué traidora sonrisa!  
¡Qué garganta incitante!  
¡Qué ojos negros, tocando  
llamada de galanes!  
Se para y algo busca...  
Vacila... ¡Ay Dios, se cae!...  
Los guardias la socorren...  
—Niña ¿qué tienes?

—¡Hambre!

JOSÉ NAVARRETE.



## PENSAMIENTOS.

¡Qué felices son los ignorantes! Ellos se atreven siempre á negar lo que no entienden, y luego se quedan muy tranquilos sin inquietarse nada porque haya algo que no se expliquen. En tanto el hombre de estudio suele ser atormentado por la duda, aunque no sea más que momentánea é involuntariamente.



Conozco algunas gentes que se avergonzarían de decir «yo amo». En cambio no se avergüenzan de decir «yo odio». Todo estriba en que, como es más fácil odiar que amar, cualquiera sabe en que consiste el odio, pero muy pocos en que consiste el amor.

Siempre me ha preocupado la locura, como el mar y el espacio: por lo insondables, por lo misteriosos. ¿Quién puede decir donde acaba el genio y empieza aquella?

No de los labios, sino de los ojos, es el expresar el amor; como no de los ojos, sino de los labios (el órgano que miente) es la galantería, esa menguada falsificación del amor.

Un novelista ha de tener la observación de un chico listo, la fantasía y el corazón de un adolescente y la frialdad de entendimiento de un anciano discreto y pensador.

Para las mujeres no hay más que dos clases de poetas: olímpicos y humanos: los que no están á su alcance y los que lo están: los que las dejan frias y los que las hacen sentir.

Hay hombres incapaces de comprender una pasión á lo Petrarca. No me extraña: haylos también míopes.

Cada vez que hablo de poesía con algún hombre de ciencia, ó de ciencia con algún poeta, me convenzo de que el hombre suele, por decirlo así, estar falto de alguna fibra que le impide apreciar exactamente el mérito de aquello á que no es aficionado.

*Do ut des* es una frase que han formado por mitad Dios y el hombre. Dios, el amor por excelencia, pronunció el *do*; el hombre, egoísmo personificado, le añadió inmediatamente *ut des*.

R. D. PERES.



## ANDANA.

Ni supe cuando nació  
ni sé cuando morirá,  
pero me figuro yo  
que *andana* eterno será.

Informal como ninguno  
aunque con muy buenos modos  
este sujeto es un tuno  
que se hace amigo de todos.

Amistad acrisolada  
nos ofrece comunmente  
y nos deja en la e-tacada  
después muy tranquilamente.

Contrata, ofrece dinero  
á sus amigos, sin tasa,  
y luego... es un marrullero  
que nunca se encuentra en casa.

En invierno y en verano  
ejerce sus malas artes,  
y se halla este ciudadano  
como Dios, en todas partes.

En fin, se pierde de vista  
y se le ha llegado á ver,  
disfrazado de bolsista  
de ministro y de mujer.

Aquel que ofrece contento  
millones como el que más,  
y cuando llega el momento  
entonces... se vuelve atrás;  
aquel que es la dicha toda

de una niña enamorada,  
y dice, si hablan de boda,  
que de lo dicho no hay nada;  
aquel que piensa ayudar  
á un amigo en su aflicción,  
y si le van á buscar  
suele hacerse el remolón;  
el que liberal se llama  
y toca más de un registro,  
y no cumple su programa  
cuando llega á ser Ministro;  
y en fin, esos *policíacos*,  
guardias del orden... oculto,  
que en cuanto atisban dos cacos  
saben escurrir el bulto;  
todos esos en detalle  
son de mi tipo ediciones,  
porque se encuentra en la calle  
lo mismo que en los salones.

En su recto proceder  
nos obliga á consentir,  
pero es largo en ofrecer  
y muy avaro en cumplir.

Y no hay ninguno que venza  
sus tretas, de ningún modo,  
pues como es un sinvergüenza  
se le da un pito de todo.

Puede ser alegre, ó grave,  
chulo ó mozo de cordel  
ó actor; pero ya se sabe  
que no hay que contar con él.

Lector, si encuentras al paso  
el tipo de este boceto,  
te ruego no le hagas caso  
puesto que es un mal sujeto.

Fíjate bien en su nombre  
y no te quejes mañana,  
porque, casi siempre el hombre  
se suele llamar *andana*.

RICARDO SEPÚLVEDA.



La prefectura de policía de París, ha concedido este año veinte y dos recompensas á otros tantos cocheros de plaza, por haber devuelto varios objetos olvidados en sus vehículos.

Estas recompensas son muy justas cuando los que las obtienen las merecen; pero, como en todo, siempre hay abusos.

La otra noche un cochero hacia la siguiente confidencia á uno de sus camaradas:

—Recompensas?... Yo las obtengo á cada viaje.

—Es necesario, replica el amigo, que los pasajeros se olviden algo dentro del coche.

—Cuando el parroquiano se *olvida de olvidarlo*, yo le suplico. Pongo en el coche cualquier objeto de mi pertenencia, y lo llevo á la prefectura.

—Y sacrificas el objeto?

—Qué hombre, al día siguiente lo hago reclamar por mi mujer.



Por diez reales no cabales  
Un pleito don Juan armó,  
Y cuando el pleito acabó,  
Pagó de costas mil reales,  
¿Y dicen que lo ganó!

M. RAMOS CARRION.

—¿Quiere usted un puro?

—Si es bueno...

—Es de dos manos.

—Veamos.

¡Pero hombre, si no se enciende!

—Pues por eso es de dos manos:

Con la una se tiene el fósforo,

Mientras con la otra el cigarro.

RAFAEL TEJADA.



## FISIONOMÍA. (1)

### I

Ustedes habrán oído hablar de Gall, de Lavater, de Cub y de otras notabilidades cuyo mérito principal consiste en conocer al primer golpe de vista, ó de mano, las cualidades de una persona determinada.

Dichos señores son los *maestros* en la ciencia frenológica.

Son los que han descubierto que el hombre tiene un sin fin de órganos, cuyo mayor ó menor desarrollo es el indicio de lo que el hombre puede hacer ó deshacer en su vida.

Por ejemplo:

Tal hombre, que tiene muy desarrollado el órgano de la *amatividad*, será capaz en un día determinado de salir á la calle y emprender á besos con los transeúntes sin distinción de sexos ni edades.

Tal hombre que tiene pronunciado el órgano de la *acometividad*, puede muy bien, en un acceso de ira, darle una embestida al primo de su mujer.

*Et sic de ceteris.*

Siguiendo paso á paso las reglas, los axiomas de esta ciencia, se llega á adivinar, con solo mirar á un hombre á la cara, qué especie de sujeto es el que nos ocupa.

Pero la ciencia de Gall no es muy explícita.

Los modernos hemos progresado mucho, y perfeccionado los primeros estudios.

Por ejemplo:

Hé aquí media docena de reglos fijas é invariables, que pueden componer un tratado.

### II

Cuando un individuo tiene las narices anchas, es señal de que debe oler muy bien, ó de que cuando era niño se metía el dedo en ellas.

Desconfíese de estos caracteres, por que son capaces de todo.

Una frente ancha, indica:

1.° Buena fé.

2.° Predisposición al matrimonio.

Las frentes que tienen bultos y prominencias son peculiares de los hombres que han andado á cachetes.

Segun un sabio frenólogo ruso, llamado Mursschacoff, los ojos negros indican generalmente un semblante moreno, y son la revelación de un carácter apasionado unas veces, y no apasionado otras.

Regla general.

Siendo los ojos el espejo del alma, todos los bizcos tienen el alma torcida.

Los ojos de gallo indican temperamento irascible en los países mal empedrados.

Siempre que encontréis á un hombre de boca rasgada y dientes blancos y salientes, huid de él, porque no me extrañaría que os pegase un bocado ó dos.

Los labios gruesos y brillantes revelan gran afición al *coldcream*, y á los cigarros de tres cuartos.

Hay caracteres para cuyo conocimiento no existe regla fija. Por ejemplo: el carácter de letra.

Para conocer en un instante si una persona está dotada ó nó de esquisita sensibilidad, no hay más que acercarse á ella por detrás y pegarle un tiro. Si cae, no hay que dudar del experimento.

Los caracteres dulces se conocen por el sabor, lo mismo que los agrios.

Un temperamento sanguíneo está siempre indicado en el color de la punta de la nariz, sobre todo en los días de invierno.

Cuando vean ustedes un hombre con la boca regular, la nariz aguileña, las facciones muy pronunciadas, el color cetrino y un ojo cerrado constantemente, pueden ustedes decir sin temor de equivocarse:

—Ese es un tuerto.

Un temperamento de casero se conoce inmediatamente con solo oír la campanilla el último día del mes.

Por último, las rayas de la mano no mienten nunca.

Toda persona que lleva guantes, tiene propensión á gastar quince reales.

Hay una mano cuyos efectos son terribles: la del almirez.

Y una raya que siempre descubre algo:

—La raya del pelo.

EUSEBIO BLASCO.

El estudiante Fermín  
Que por la historia se afana,  
Desde el principio hasta el fin  
Conoce la de Mariana...  
La de Mariana Marín.

CARLOS CANO.

(1) Obras de Eusebio Blasco, librería de G. Parera, 6, Pino, 6, Barce-lona.



SUCESOS DE EGIPTO.



Arabi-Bey.



Lesseps.



## CANTARES.

Primero, morena mía,  
Que deje yo de quererte,  
Irá el oro tras el pobre  
Y el miércoles tras el jueves.

Ya se hundió el altar hermoso  
Que con mi llanto amasé,  
Y cómo no, si tenía  
Por cimiento tu querer!

¿Te extrañas que esté arruinado?  
Y no he de estarlo, Facundo,  
Si doy al uno por ciento  
Y tomo al ciento por uno?

M. DEL PALACIO.

A Dios un abogado  
le imita en esto:  
Dios, de nada hizo un mundo,  
y él hace un pleito.

Los que en promesas fian  
son como el gallo;  
que antes de que amanezca  
ya está cantando.

El lujo de esa pobre  
ya no me extraña;  
para vestir al cuerpo  
desnuda el alma.

De jorobas del cuerpo  
todos se burlan;  
¿quién habrá que en el alma  
no lleve alguna?

VENTURA RUIZ AGUILERA.

## Anécdota infantil.

El guarda de una posesion sorprende á un chicuelo  
que está recogiendo unas peras que ha tirado del árbol, á  
pedradas.

—Negar la falta es imposible. El chicuelo tiene una en la  
mano...

—¿Pícaro, granuja! le grita el guarda. ¿Qué haces ahí?

—Iba á ver si podía poner otra vez en su sitio esta que  
se ha caído del peral...

## Otra anécdota infantil.

Delante de una niña de doce años—este caso lo cuenta  
el escritor francés Alberto Delpit—se habla de dos esposos  
de edad avanzada que han tenido un hijo, cosa inverosí-  
mil, pero que ocurre á veces.

—¿Con qué el papá, dice la muchacha, tiene sesenta y  
cinco años?

—Sí.

—¿Y la mamá?

—Sesenta.

—¿Jesús! Pues entonces ¿qué edad tiene el niño?



## LA MURMURACION

La murmuracion del mundo  
debe importarte, alma mía,  
lo que te importa el gusano  
que súcia baba destila.

La murmuracion del mundo  
se compone, bella niña,  
de una mitad de despecho  
y de otra mitad de envidia.

TOMÁS CAMACHO.

Publicó un autor camueso  
una obrilla baladí.

—¿Y se la compraron?

—Sí:

se la compraron... ¡al peso!

CÁRLOS CANO.



El abogado de un reo fué á verle á la cárcel y le pre-  
guntó:

—Pero vamos á ver, en lugar de matar á tu mujer, ¿por  
qué no te separaste de ella?

—¿Porque soy muy honrado!

—¿Cómo?

—¿Porque soy esclavo de mi palabra!

—Explicáte.

—¡Le habia jurado que no me separaría de ella sino des-  
pues de muerta!

Muchos funcionarios, visitando las prisiones, para ase-  
gurarse de si todos los servicios se cumplen convenientemente,  
interrogan á los detenidos.

—Tiene V. que dirigir alguna reclamacion?... pregunta  
el jefe de policia á un individuo condenado por diez años.

—Sí; pero es inútil que yo responda.

—¿Porque?

—No insista V. se lo ruego. Temo exponerme á un des-  
precio.

Si la reclamacion es justa yo procuraré que se atienda.

—Pues bien, murmura tímidamente el detenido, yo re-  
clamo que se me ponga en libertad.



## A CAZA DE MARIDO.

## I.

—Desengáñate, Julia, me dijo una noche mi tia; en Ma-  
drid no encontrarás quien cargue contigo: esta es la tierra  
de la tradicion, y tu solterismo vá siendo tradicional. Sin  
fruto te saco diariamente á montería de novios: cuando los  
despreciabas te perseguían, y ahora que los persigues te  
desprecian. —En el Prado, en la Castellana, en los Campos,  
no hay quien desconozca tu fama y tu fecha. Tu cara des-  
miente en vano á tu fé de bautismo. Todos saben que tie-  
nes veintidos años... cumplidos en 1858, y que si hubieras  
sido tan variable en tus amores como en tu edad, otro  
gallo te cantara. —No te forjes ilusiones y sigue los conse-  
jos de mi experiencia. Para tu mal no hay más remedio  
que mudar de aires: vámonos á veranear, y mal ha de ser  
que en las playas del Norte no pesquemos algo. Quizá sin  
llegar allá demos con lo que buscamos; que de las apretu-  
ras de un tren he visto yo salir más de cuatro matrimo-  
nios.

## II.

El coche donde entramos estaba ocupado por dos recién  
casados que iban á pasar en Portugalete la luna de miel y  
por dos clérigos que iban á pasar la canícula en Deva.

Segun puede verse por este inventario, no se presentaba  
bien la pesca por entonces.

Así llegamos á Villalba: los recién casados iban ponde-  
rando la poesía del mar, y los clérigos encomiando las de-  
licias del chacolí.

En Villalba subieron á nuestro coche dos nuevos viaje-  
ros. Frente á mi tia se colocó una vieja que en vano pro-  
curaba disimular sus sesenta Navidades bajo un muro de  
albayaide y bajo una peluca monumental. Alta como un  
pino, seca como un espárrago, sería como un oficio de di-  
fundos, su rostro boqui-fruncido y barbisaliente, parecía  
el busto de una medalla romana, acuñada en conmemora-

cion del profundo desprecio que los presentes le inspirá-  
bamos.

Su *adlátere* (quizá su hijo—quizá su nieto) era un jóven  
de veinticinco años, dulce, tierno, delicado como un me-  
renque de la Dulce Alianza.

¡Dulce Alianza...! Esta concordancia de sustantivo y  
adjetivo resumía con admirable laconismo la nube de ideas  
que levantó en mi mente la presencia de aquel jóven.

## III.

¡Qué ojos tenía, lectores de mi alma! Por vuestra paz  
ruego á Dios que jamás tropeceis con otros tales.

Mucha dicha es para mí que el papel no se ponga colo-  
rado, por que eso me permite confesar á Vds. que desde  
aquel punto no se apartaron los suyos de los míos, ni los  
míos de los suyos.

El tren iba caminando á toda máquina y el amor á toda  
vela. Al llegar al Escorial, el jóven me devoraba con los  
ojos; al pasar por Robledo, me tocaba la rodilla; al entrar  
en el primer túnel de Guadarrama, me pisaba el pié con  
una presion de veinte atmósferas.

Yo no sé cuantos túneles hay entre Robledo y Navalmo-  
ral: solo puedo decir que al entrar en el último, nuestro amor  
había subido por grados del pié á la mano, y que el jóven,  
inclinándose para recoger el pañuelo que adrede había yo  
dejado caer, me oprimía los dedos con una fuerza que ha-  
cía tanto honor á su pasion como á su sistema muscular.

Sn duda el ingeniero de la línea no había tomado en  
cuenta para las dimensiones de su túnel la duracion de un  
apreton de manos amoroso, por que al volver de nuevo la  
luz, mi tia me dirigió con el codo una insinuacion espres-  
siva, y la compañera del jóven desplegó por primera vez  
los venerables labios para decir, por via de aparte:—  
«¡Estos túneles me rrrrrevientan!!!»

## IV.

Aquellas dos observaciones, tan elocuentes en su conci-  
sion, me hicieron volver á la vida real y prestar atencion  
á las conversaciones de muchos vecinos. Los recién casa-  
dos seguían ponderando la poesía del mar y los clérigos  
encomiando las escelencias del chacolí!

## V.

En Avila pasamos á comer. El jóven iba á sentarse á mi  
lado en la mesa, cuando su compañera, con un ademán  
digno de la Ristori, le indicó otra silla, diciéndole:

—Aquí, Eduardo! Estas mesas redondas me rrrrrevientan.  
Eduardo obedeció como autómatas.

Ustedes pensarán que aquella docilidad me disgustó.  
Nada de eso; siempre he creído que de los hijos falderos  
salen los maridos mansos, y la resignacion de Eduardo era  
de buen agüero.

Durante la comida, mi tia me dió el parabien y varios  
consejos, relativos, sobre todo, á las precauciones que de-  
ben tomarse al pasar los túneles.

## VI.

Volvimos al tren. Al marcar los billetes el dependiente  
de la empresa, pude ver que Eduardo y su venerable com-  
pañera iban, como nosotros, á San Sebastian. La Provi-  
dencia favorecía mi esperanza.

Cerró la noche, y cada pasajero se acomodó en su rin-  
con. A la luz vacilante de la lámpara que alumbraba con-  
fusamente nuestro departamento, vi cerrarse, unos tras  
otros, los ojos de todos, ménos los de Eduardo, que se-  
guían fijos en los míos abrasándome en el fuego de sus  
miradas.

En materia de narcóticos, el traqueteo de un ferro-carril  
no tiene igual... á no ser las novelas de Villoslada. Poco á  
poco fué dominándome el sueño: mis miradas, antes cla-  
vadas en Eduardo, perdieron por grados su fijeza; empecé  
á ver indistintos los objetos que me rodeaban; sacos de  
noche, bolsas de viaje, sombreros de paja, los balandranes  
de los curas, la nariz monumental de mi tia, el perfil nu-  
mismático de mi futura suegra... Por último, todos aque-  
llos bultos fueron perdiendo todos sus lineamientos en mil  
formas estravagantes... y me dormí y empecé á soñar.  
¡Qué sueños, Virgen de Atocha! En ellos aparecían mez-  
clados y revueltos los recuerdos de las conversaciones que  
acababa de oír y las imágenes de los objetos que acababa  
de ver.

## VII.

Pareciome que estábamos ya en San Sebastian, que  
Eduardo con una bolsa de viaje en la cabeza, me apretaba  
la mano, y que á nuestros piés se extendía un mar de cha-  
colí, cuyas apacibles olas surcaba una escuadra de sacos  
de noche, en la cual los recién casados iban á pescar som-  
breros de paja. Luego me veía en Avila, puesta de rodillas  
ante una mesa redonda, y llegaba el fondista puesto de  
balandran, y me casaba con mi tia, y ambas íbamos á pa-  
sar la luna de miel en un túnel del Guadarrama, entre  
Deva y Portugalete.

## VIII.

Al llegar á este punto de mi pesadilla, dí un corcovo y  
me desperté sin saber á donde estaba.

Iba rayando el dia, y á su escasa claridad vi que Eduardo  
dormía sonriendo. Su pié descansaba sobre el mío y su  
cabeza sobre el hombro de la vieja, cuyo rostro presentaba  
un perfil más severo que nunca. Aquel cuadro me tran-  
quilizó y me enterneció á un tiempo mismo. ¡Ah! así dor-  
mirían algun dia sobre mis hombros los hijos de Eduardo,  
pisando el pié á las futuras Julias del siglo vigésimo.

Solo un temor me turbaba el ánimo. Eduardo tenía  
cuando más veinticinco años y yo cuando ménos treinta.



¿No vería su madre en aquella diferencia cronológica un obstáculo á nuestra felicidad?

## IX.

El cielo parecía empeñado en disipar todas mis vacilaciones. Al llegar á Miranda se separaron de nosotros los recién casados.

—¡Qué linda pareja! dijo mi tía viéndolos alejarse; parecen cortados el uno para el otro. La misma gracia, la misma edad...

—Esas niñas sin experiencia me rrrrrevientan, dijo la vieja cortando el panegírico con un gesto de soberano desden.

Créalo quien quiera, pero hasta hermosa me pareció en aquel momento.

## X.

Desde Zumárraga, donde se separaron de nosotros los curas, hasta San Sebastian, donde debía terminar nuestro viaje, pasamos veintitantos túneles que me valieron veintitantos apretones de manos, é hicieron subir veintitantos grados el termómetro del amor.

—¡San Sebastian! ¡Quince minutos! gritó una voz estentórea.

Cuando hubimos bajado del coche;

—Señora, dijo mi tía dirigiéndose á la vieja: en el Parador Real tiene Vd. una habitación á sus órdenes. Mi sobrina y yo nos honraremos mucho con su amistad y la de su hijo.

—Mi marido, respondió la vieja recalcando las palabras y señalando á Eduardo, sale esta noche conmigo para Loyola, en cuyas inmediaciones tengo un palacio donde pensamos pasar el verano á solas con nuestro amor y lejos de compañías que me rrrrrevientan.

Dicho esto se alejó, colgada al brazo de su víctima, con toda la majestad de una Euménide.

## EPÍLOGO.

¿Ustedes pensarán que aquel desengaño dió al traste con mi esperanza? Pues se engañan: por el contrario, desde aquel día comprendí que no puede haber mujer sin salida, mientras haya hombres sin decoro.

Para casarme, solo espero tener sesenta años y un palacio en Loyola.

FEDERICO BALART.



## Á UNA ESTRELLA.

Tú, que prendida en el celeste manto das á la noche claridad tan bella; tú, rutilante vespertina estrella que el orbe llenas de celeste encanto.

Tú, fija siempre al firmamento santo; donde tan vivo tu fulgor destella, que de la luna y su argentada huella la blanquecina luz no brilla tanto;

Tú, que te miras desde regio asiento, en el cristal profundo de los mares, que de la creacion eres portento.

Entre otros infinitos luminares: verás de Dios la excelstitud suprema, y una chispa serás de su diadema.

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.



## EPÍGRAMAS.

Mi pena amante escuchó y á remediarla accedió Remedios, tras mil asedíos; pero mal me remedió, pues luego fué cuando yo necesité más remedios...

Santa ley que obedecemos manda con saber profundo que en el Calvario del mundo todos una cruz llevemos.

Que escape sin cruz, Capúz, justo es, pues el infeliz lleva en cambio una nariz que pesa más que una cruz.

Lo que sucede verás con Rita y su esposo Blas: cuanto él, pasando los años, ménos la quiere, ella es más querida de los extraños.

LIBORIO C. PORSET.



Tipo de testigo de Juzgado.

El presidente le pregunta su nombre, apellido y profesion.

El testigo contesta con desembarazo.

El presidente le invita á levantar la mano para jurar que dirá la verdad, nada más que la verdad.

Levanta el testigo la mano con aplomo y responde con voz firme, que prueba que no turba su conciencia ningun remordimiento.

Los jurados y los asistentes á la causa se dicen:

—Este testigo nos comunicará sin duda preciosos detalles. No perdamos ni una palabra de su deposicion.

El silencio es profundo.

El presidente (con benevolencia) Caballero, haced el favor de contarnos eso que vos habeis visto.

El testigo (con sorpresa)—Si no he visto nada!....

—Eso que vos sabeis.

—Si no sé nada!...

—Entónces porqué motivo estais aquí.

—Yo me he hecho citar como testigo á cargo ó á descargo, no recuerdo bien; más con el único fin de estar en buen sitio para seguir el curso de un asunto tan interesante!....

En el palacio de justicia:

El Presidente: (A un testigo).—Vuestro nombre y apellido?...

El Testigo.—Silvestre del Todo.

—Vuestra profesion?...

—Permítame, Sr. Presidente, que eluda la respuesta.

—Es imposible.

—Prométame entonces que será discreto.

—Porque tales reparos?...

—Porque si digo á V. mi profesion, es probable que V. me ocasione algun perjuicio.

—Os mando que respondais.

—Pues, bien!... Cuando yo trabajo hago moneda falsa.

El Presidente: (A un alguacil).

Prended á este hombre.

El Testigo, (con sorpresa). Ya tenia razon en desconfiar de la discrecion vuestra!....



## LA MUJER POLÍTICA.

AL INSPIRADO POETA JOSÉ VELARDE.

La que fingiendo aversion Al hombre, constantemente Tiene en casa al presidente De cierta congregacion; Y con su lengua infernal, Ya en sátira, ya en bucólica, Calumnia á todo mortal... Neo-católica.

La que, impávida y serena, Distinguiendo de colores, No quiere tener amores Si no merecen la pena; Y á su conveniencia mira Con el alma sosegada Y en el cálculo se inspira... Moderada.

La que, al brillar el albor De su juventud risueña, Tan solo en unirse sueña

Al idolo de su amor, Y vive dada al demonio, Y se aburre y se contrista Si tarda su matrimonio... Unionista.

La que llora su viudez Haciendo de pena alarde, Y al año se le hace tarde Para casarse otra vez; Y segunda boda al punto Consigue ver realizada, Sin pensar en el difunto... Resellada

La que desde tierna edad Por atrevida descuella, Y gusta de que con ella Tengan cierta libertad; Y en sus suspiros de fuego, Que no hay hombre que resista, Palpita el himno de Riego... Progresista.

La que de génio aguerrido, Sin encontrar quien le tosa, Por la más pequeña cosa Amenaza á su marido; Y, haciendo de amor derroche, Vuelve al templo conyugal A las tantas de la noche... Federal.

La que, impolíticamente Llamada mamá política, A su yerno pone en crítica Situacion continuamente; Hasta que el pobre mortal Busca alivio en una sogá O tirándose al canal... Demagoga.

Y, por último la que Abumada por los años, Ni tiene goces ni daños, Ni siente, ni oye, ni vé; Y á su cuerpo paralítico Busca el descanso final, Esa ya, para su mal, No tiene color político.

CARLOS CANO.



Silvestre es un criado que presume de listo. Estando reunidas varias personas, le manda su amo traer un vaso de agua.

A los pocos momentos se presenta Silvestre con una bandeja en la que trae un vaso lleno de agua y cuatro ó cinco vacíos.

—¿A qué traes esos vasos vacíos?—pregunta el amo.

—Para los señores que no quieren beber.



Diálogo entre un profesor y su discípulo.

—¿Cuál es la diferencia entre 7 y 3?

—Nó lo sé.

—Vamos á ver; si tú tienes 7 pesetas y yo te pido 3, ¿cuántas te quedarán?

—Siete.

—Pero, hombre, si te he pedido tres!

—Es que usted me las pide, pero yo no se las doy.



No se las deja poner.







En el hotel de un tronado  
Baron y maestro de esgrima,  
la noche de Noche-Buena,  
se dijeron varias misas.  
Y los muchos concurrentes  
muy notables que allí había,  
víctimas de los sablazos  
del anfitrión, se decían:  
—Ya sé yo de donde salen  
estas misas!

MARTIN GIL.

Acaba de hallarse una estatua de Voltaire hecha en barro por Houdon.

Este descubrimiento no tiene nada de extraordinario. Mas parece que en el interior de dicha estatua hay un esqueleto humano, empleado sin duda para amoldar correctamente el barro.

Singular modo de trabajar. No aconsejaremos a los escultores que sigan ejemplo semejante.

Supongamos que un caballero quiere poseer su busto y pasa al taller de un artista:

—Deseará V. que le meta dentro? preguntará el escultor. Así obtendrá V. un busto de tamaño natural.

Para que se vea hasta donde llega el afán de trabajar, en la mujer, bastará hacer una observación. La que no tiene ningún lunar, se los pinta.

Entre médicos:

—Todo consiste en tener suerte al ponerse á ejercer.

—¡Oh! En eso sí que no puedo yo tener queja. A los seis meses de acabar mi carrera, le profeticé á un enfermo que tenía que morir de una aneurisma, y, en efecto, á los ocho días tuve la satisfacción de recibir la noticia de que mi cliente había muerto. (!)



## CURA ESPECIAL

«Vamos Matilde. ¿No vienes hoy debuta otro tenor? ¿Estás enferma mi amor? Dime mi vida que tienes? Porqué me miras así y tu semblante parece que más y más palidece! Dime pues que pasa en tí? á ver tu mano, Dios mío! si es que la fiebre te abrasa...»  
—«Chist no alborotes la casa. Cierra bien que tengo frío...»  
«Ven, abrigate en el lecho mientras voy por el doctor.»  
—«Sí, Luis, pronto por favor... me duele tanto mi pecho...»  
—«Se vá el marido volando, ella mira con cautela y al verle ya en la plazuela dice muy quedo—«Fernando...»  
—«Se abre un armario con ruido y un joven sale sin miedo.»  
—«Me voy Matilde ó me quedo? Dice el amante escondido.»  
«Vete, sí, que él á buscarte á tu casa se marchó sal por allí, mientras yo enferma voy á aguardarte.»  
—«Ella y él, en el esceso que amor las ansias provoca unen una y otra boca en un prolongado beso. El joven se va por fin, ella se mira al espejo, arruga algo el entrecejo, y se arroja en un cojín.»  
—«Dí Matilde, estás mejor? él entrando le pregunta, como estaba en una junta

me hizo esperar el doctor. Mas ya por fin está aquí, y en su talento confío cùrela usted amigo mio que es un ángel para mí!!  
—«A ver el pulso,—un mareo, la fiebre muy poca cosa; lo que conviene á su esposa, es mucho, mucho recreo; Y tres veces por semana yo la vendré á visitar que es necesario evitar la fiebre paludiciana: Y no abrigue V. temor que es mi sistema especial y es un plan original que no he visto otro doctor. Con que así descuide usted que su dolencia no es cosa,... pronto sanará su esposa con lo que yo le daré.

ALFREDO MARTINEZ DE SATORRE.



## EL TEATRO POR LA TARDE.

Durante la semana acaricia Juan el proyecto de ir el domingo por la tarde al teatro; el sábado se decide; el domingo se levanta más alborazado que de costumbre, vá á afeitarse, se riza el pelo, y de vuelta á casa echa un párrafo consigo mismo, ó lo que es igual, se dice en voz baja lo que piensa.

—«Cómo me gusta el teatro! ¡Las comedias... vamos, las comedias es cosa que me vuelven loco! Por ver una comedia dejaría yo de comer dos semanas. Sobre todo si hay traidor; ¡cómo me gustan los traidores! Y es que yo he nacido para escribir comedias, sinó que la pícara suerte me ha metido en esta tienda á medir madapolam y á rascar mis sabañones. ¡Oh! ¡el teatro, el teatro! ¡Buena tarde voy á pasar! ¡Y está el día así... medio... medio... ¡hace tarde de teatro!

El hombre come más temprano que de ordinario. Después se emperifol'a, se pone la mejor ropa, se arregla la corbata con coquetismo... es decir, con coquetismo de hortera.

Luego se echa á la calle, entra en la confitería y compra un cuarteron de caramelos de rosa para entretenerse durante la función; entra en el estanco y compra media docena de escogidos para entretenerse en los entreactos; pasa por una guantería y dice: «Estará bien ir al teatro sin guantes? ... ¡Qué demontre! ¡Un día, un día es!» y se compra guantes y se los calza.

¡A ja ja! ya está Juan arreglado. Solo le falta el billete; y se dirige al despacho.

—«Me dá Vd. una delantera?»  
—«De qué?»  
—«De anfiteatro principal,—¡Qué sea buen sitio! ¿eh?»  
—«Ah! y que no le tape la araña, ¿eh?»  
—«¿Cuanto?»  
—«¡Ocho!»  
—«Ahí vá!—Diga Vd., y ¿á que hora?»  
—«Ahí tiene Vd. el cartel!»  
—«Gracias.

Como aun es temprano, mi hombre vá á dar una vuelta por las calles para hacer tiempo, pero la impaciencia le mata; teme no estar para cuando el galán joven se presente en escena, y vuelve al teatro decidido á esperar.

El tiempo le hace traición; cada minuto se estira de tal modo que parece una hora; al cabo de un largo rato se oyen pasos por la parte de dentro, suenan llaves, rechina la puerta, se abre, y un dependiente pausado y frío aparece fumándose un chicote.

Entra Juan, sube de cuatro en cuatro los escalones, se introduce en el anfiteatro, tropieza con los asientos (porque el gas no está encendido todavía), encuentra al fin el suyo, se arrellana, y arremete con los caramelos.

Las localidades ván ocupándose con mucha lentitud; ¡qué impaciencia! Un palco se llena de chiquillos, otro de amas de cría y de chiquillos, otro de niñas con sus chiquillos, otro de mamás con los correspondientes chiquillos, cruzan los chiquillos por las butacas en distintas direcciones, se suben en los asientos, bajan galopando, ruedan de fila en fila y el teatro parece una Inclusa modelo ó un modelo de manicomio infantil.

Un dependiente sale con un palo muy largo y enciende la araña, y la luz es recibida con una exclamación de júbilo por los muchachos.

—¡Ahaaaaah...!

Un momento despues llega un músico, desfunda el violín, y vibra las cuerdas: «Pin. pin. pin. pin-pan, pin-panpin.»

—«¡Gracias á Dios!—dice Juan—¡ya hay un músico!

Luego llega otro; luego otro; luego varios; despues afinan los instrumentos, y al cabo de un rato aumenta la luz y rompe la orquesta con la marcha de *Pan y toros*. Los chicos acompañan la música marcando el compás con los piés y las manos.

Juan se desespera y dice: «¡cuanto muñeco! ¡Parece mentira qué haya tanto chico! y ¡qué fastidiosos son! ¡Ah! ya saben los padres lo que hacen enviándolos al teatro, para que molesten á los demás!»

En esto una niñera, se sienta junto á Juan y pone delante á dos niños que lleva. Entra un mozo de tahona, vestido de duelo, y se sienta con la novia al otro lado de mi hombre, que ahoga su enojo engullendo caramelos de rosa.

El tahonero y su novia discuten el cariño que se tienen, los chicos se revuelven y rangolotean, la niñera mira á Juan con ojos tiernos; ¡vamos! ¡qué le gusta!

Al fin... al fin se alza el telon, y á las pocas escenas un muchacho que hasta entónce no había visto á un compañero suyo grita:

—«¡Pepito! ¡Pepito! ¡súbete aquí conmigo!

—«¿Dónde estás?

—«Aquí! ¡súbete!

—«No, no, dice la criada...

Juan exclama sin poderse contener: «¡Niño! ¿quieres callarte? ¿No ves que están representando?» Y añade la niñera: «¡Muchacho, á ver si te callas y no estorbas á ese caballero!»

—«Pues yo quiero que suba Pepito!

—«A ver si te pego!

Juan reanuda su atención, y al poco rato el galán joven dice á la dama que si no le corresponde se envenenará y saca un frasquito del pecho.

El mozo de tahona suelta una carcajada atronadora.

—«¿De qué se reirá este zamucuc?» se pregunta Juan; vuélvase á mirarle y vé que en lugar de atender á la función el mozo de tahona se entretiene en buscar las cosquillas á su amante. Juan se desespera y se mete dos caramelos en la boca.

Acabado el acto, Juan sale al pasillo, saca un puro y se acerca á uno que está fumando.

—«Me hace usted el favor de lumbre?

—«Con mucho gusto!

—«¿Qué función más mala! ¿Eh?

—«Hombre, á mi no me parece tan mala.

—«Ah! es infernal, que mal escrita y que mal representada!

—«Bien, eso sí; pero para ser función de tarde demasiado bien lo hacen.

—«¡Oh! ¡crea usted que á mi no me gustan las funciones de tarde! ¡no las puedo resistir! pero hacía tan mal día que me dije: ¿á donde vas, Juan?

—«Ah! ¿se llama usted Juan?

—«Para servir á Dios y á usted.

—«Por muchos años; ¿y es usted de Madrid?

—«No señor, pero estoy aquí; tengo una tienda...

—«¡Hola! ¿Con qué tiene usted una tienda?

—«Si señor, es decir, no señor...

—«¿Qué se empieza! ¡qué se empieza! ¡adentro!

—«Hasta luego!

Du ante el acto segundo, Juan encuentra nuevos motivos de desesperación. Un muchacho pide agua á grito pelado, haciendo reír á los espectadores; otro muchacho llora á más y mejor porque no le dan bollos; el público aplaude cada vez que la dama joven habla de descubrir al traidor; la niñera que está junto á Juan suspira en voz alta; el tahonero parece que quiere segar á su novia por la cintura, y el chico de la niñera dice cada cinco minutos: «Pero ¿porqué no sube Pepito?

Cae el talon y Juan se echa afuera disgustado y aburrido, se reúne con el que le dió conversación en el entreacto anterior, saca otro puro, lo enciende y dice á su compañero:

—«¿Qué le parece á usted?

—«Hombre, no me parece mal. Una cosa como esa que pasa ahí me sucedió á mi hace años. Sinó que entónce yo fuí un bruto. ¡Ah! ¡si yo hubiera visto esta comedia! Luego dicen que no se aprende viniendo al teatro.

—«¡Ya lo creo que se aprende! Pero, francamente, por las tardes no es lo mismo que por las noches. A mi no me gusta venir por las tardes. Hoy he venido porque...

—«Y diga usted, ¿en qué para eso? ¿Se casan al fin el capitán y la muchacha?

—«No, señor; ella muere de amor.

—«Por lo visto; creo que no me vá á gustar, porque, francamente, despues de haber pasado tanto trabajo debían casarse; ¿no le parece á usted?

—«Sí; esta comedia está mal hecha; ¡si yo tuviera tiempo para hacer comedias! Pero la tienda...

—«¿Qué se ha empezado el acto! ¡Vamos!

En el acto tercero, Juan acaba de desesperarse; uno de los chicos que acompañan á la niñera le tira el sombrero á las butacas; los muchachos, todos familiarizados ya con la función y hartos de ella, gritan, lloran, se llaman unos á otros; este pide pan, aquel se ve apremiado por una necesidad y se lo dice á su madre en voz alta.

Juan murmura de la función, de los chicos, de los actores, del tahonero y de su novia, de los ojos de la niñera, de todos, en fin, y como se han acabado los caramelos desea que tambien se acabe la función.

Corren, por fin, el telon; sale Juan escapado, se vá á la tienda, cena y se acuesta.

A la mañana siguiente relata con entusiasmo á sus compañeros las peripecias del drama.

Y al otro día, ¿qué dirán ustedes que dice Juan?

Pues dice: «¡Hombre! ¿A qué teatro iré yo el domingo que viene por la tarde?»

MANUEL MATOSES.





Te pintaré en un cantar  
la rueda de la existencia:  
pecar, hacer penitencia,  
y luego vuelta á empezar.

Diciéndolo, no diré  
lo que aquel pinar esconde;  
allí, ya recuerdas donde,  
nos pasó, ya sabes qué.

Como en la iglesia te ví  
después de lo de la fiesta,  
me santigué y prorumpí:  
—¿Quién dirá que aquella es esta?

RAMON DE CAMPOAMOR.



## EL LLORON.<sup>(1)</sup>

### HISTORIA FANTASTICA.

Allá, en remotas tierras y más remotas edades, existía una nación, llamada *Pirlimpia*, gobernada por tan sabios políticos que nunca hubo descontento alguno, ni zurdo, ni derecho.

Aún cuando la mayor parte de los *pirlimpianos* profesaban ideas republicanas, gobernaba el estado un rey tan simpático y tan bonachón que á nadie habíasele ocurrido destronarle.

Bien es verdad que *Mirlin 1.º* (este era el nombre del monarca) no se mezclaba gran cosa en los asuntos de su país, y lo único que alguna vez le preocupaba era la educación coreográfica y musical de sus súbditos, pues en cuanto á la música y al baile, *Mirlin 1.º* se deshacía por ellos.

Profesaba *Mirlin* sumo cariño á un personaje de su reino, cuyo personaje, llamado *Mito*, habíale prestado servicios importantes en diversas ocasiones.

Mito, con su talento militar había ganado batallas mil y terminado felizmente guerras sangrientas y crueles; Mito, con su arrebatadora elocuencia logró que se proclamase la monarquía en *Pirlimpia* que antes no tenía rey, ni Roque; Mito, en fin, asustaba con sus bigotes á los muchachos cuando alborotaban demasiado el cotarro.

Decían los enemigos de Mito, (que por el mero hecho de ser hombre importante los tenía á millares,) que todo su talento táctico y su valor, se reducían á repartir muchos abalorios (2) y zarandajas entre el ejército enemigo; añadian que su discurso sobre la conveniencia de proclamar la monarquía había sido estrepitosamente silbado por los *pirlimpianos*; y terminaban asegurando que sus tremendos bigotazos servían de juego y de chacota á los chiquillos traviesos y espavilados.

Nada de esto era cierto, pero ya comprenderán mis lectores que algo habían de inventar para desacreditar á Mito, los muchos envidiosos de su poder y amistad con *Mirlin*.

(1) Declaro solemnemente que aunque lo parece, no he pensado referirme al escribir estas páginas, á nuestro Martínez Campos, ¡no faltaba más! Lejos, muy lejos de mi idea zaherir á un hombre tan satisfactorio como el inventor del *lloron*.

(2) En el tiempo á que nos referimos no se conocía la moneda, ni los galones eran señal de mando en el ejército.

Diferentes veces había demostrado Mito una perspicacia á toda prueba. En una ocasión le hicieron tomar parte en un divertimento político, en el cual representó un gran papel, y después de haber terminado su misión, comprendió que pretendían hacerle servir de pantalla, oponiéndose como es natural con todas sus fuerzas á desempeñar tan bajo oficio.

Sin embargo, con todo y ser mucho su talento adivinatorio, en lo que más despuntaba Mito era en reformar todo lo existente.

Debióse á él la construcción de unas célebres escalas que obtuvieron premio en diversas exposiciones.

Pero entre mil inventos y reformas, el que más entusiasmó al reino de *Pirlimpia*, fué sin duda alguna un plumero, ó cosa por el estilo, que se hizo reglamentario para todos los jefes superiores del ejército *pirlimpiano*.

Ante tan fenomenal invento, ante tan necesaria reforma los *pirlimpianos* quedaron sorprendidos y admirados, tratándose de elevar una soberbia estatua á Mito, pero la suscripción nacional á este fin iniciada fracasó merced á los encubiertos manejos de los enemigos de Mito.

Quedóse este sin monumento conmemorativo, pero la tradición fué conservando su nombre de padres á hijos y nietos y el plumero siguió siendo distintivo de mando superior en el ejército de *Pirlimpia*.

Ignorábanse los detalles que acompañaron á la invención del plumero, oculto á todos estaba el significado de la palabra *lloron* con que se le había bautizado, y probablemente nada se sabría aún, si yo, que soy grandemente aficionado á huronear y revolver archivos y antigüedades, no hubiese encontrado hace poco tiempo un romance amarillento y apolillado, maltratado por el tiempo y sobradamente acariciado por las ratas que dejaron en él grandes huellas de sus roedores incisivos.

Los fragmentos del romance que he podido entender, traducidos literalmente del idioma *pirlimpiano*, dicen así:

«Oh tú, poderoso Karmel, magnífico Kirsal é invencible Lokel, dioses á los cuales rindo culto y en cuyos sagrados altares sacrifico, ya el inocente cordero de dulce balido, ya el corpulento buey, ya la tímida avecilla, mostraos una vez más benévolos y propicios conmigo y concededme vuestros dones para relatar dignamente el más estupendo hecho que presenciaron los nacidos.»

Los párrafos que seguían á continuación de la invocación, habían sido de tal modo pasto de los ratones que apenas si se entendía alguna que otra palabra sin sentido, ni conexión, como: *kraal de justicia, capricho, mandato, etc.*

Después podíase leer claramente:

«Y llegó Mito á su cabaña completamente afligido y lloroso.

«Y tartamudeaba frases incoherentes, entre-cortadas por suspiros dolorosos.

«Y su perlla puntiaguda llegaba á tocar su afilada nariz en los movimientos convulsivos que la desesperación le producía.

«Oh dioses injustos ¿por qué así me castigais? ¿Por ventura no son todavía suficientes los inventos que se me deben, para que tan enérgicamente se me pida otro? ¿Acaso se cree que tengo tan privilegiados sesos (3) que nunca se ha de agotar mi inventiva?

«Y Mito rompió en tan copioso y amargo llanto que las fuentes y los ríos y los mares parecían condimentados con acibar.»

Nuevamente se encontraba el pergamino destruido por los ratones y esta vez en tan grande extensión, que no me ha sido posible entender palabra alguna en todo el párrafo.

En otra página se lee:

«La choza de Mito estaba invadida por las tinieblas; un cántaro de agua en un rincón era su único adorno; en el centro, Mito, de rodillas y con la cabeza inclinada, oraba fervorosamente, mientras sus ojos vertían abundantes lágrimas.

«De pronto sintióse una voz atronadora que decía:

—«Mito, Mito, ora y espera. La diosa Kirsis ha oído tu ruego y te anuncia que mañana á la media noche descenderá á tu cabaña y te proporcionará un invento que asombre al mundo entero.

«Y llegó la noche del siguiente día, y la cabaña de Mito limpia y arreglada con el altar de los sacrificios en un lado y el fuego sagrado en el otro, se encontraba preparada para recibir á Kirsis.

«Mito, con su túnica blanca y flotante, con la espada sagrada en una mano y tendida la otra; señalando al cielo, invocaba á la Diosa, que aún no había descendido del Olimpo.

«Mediaba la noche cuando dejóse oír una música lejana y celestial, luego el susurro del aire agitado por unas grandes alas, y por fin se abrió el techo de la cabaña y un ave, espec de aguila blanca, se posó sobre la cabeza de Mito.

«Al pronto el terror hizo que los cabellos de Mito se aglutinasen, pero después, á influjo del aleteo de Kirsis, Mito se fué durmiendo dulcemente.

«Entonces Kirsis desgarró con su pico el duro cráneo de Mito, y al tender su mirada por el contenido y no ver más que agua dentro, exclamó con voz extintora:

—«*Lloron* serás.

«Y remontó su vuelo, dejándose algunas plumas de la cola pegadas de punta en el casquete que los aglutinados cabellos de Mito habían formado.»

Y no dice nada más el pergamino.

Ya lo sabeis, ciudadanos todos, cuando por delante de vosotros cruce algún casco con *lloron*, descubrid vuestra cabeza respetuosamente, pues son tataranietos de aquel que tuvo por origen la cola de un ave-diosa.

SAETA.

Barcelona 12 Octubre.

(3) En el idioma *pirlimpiano* no existe la palabra *cerebro*.



## A UNA DESCONOCIDA.

Niña no te ví jamás  
pero en el caso presente  
presumo como serás,  
y te adivina mi mente  
poco menos, poco más.

Veó en mi imaginación  
sin duda ni confusión  
que tu tienes, cosa rara,  
los ojitos en la cara  
y en el pecho el corazón.

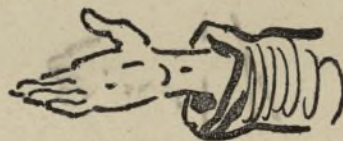
Sin echarla de agorero,  
tus ojos, á lo que infiero,  
van diciendo por qué soy  
si azules «mirando muero»  
si negros «matando voy.»

Bajo tu frente á mi ver  
que abrigues es necesario  
algun recuerdo de ayer,  
porque al fin, siendo mujer,  
tendrás el alma en tu armario.

Y así sucesivamente  
desde tu serena frente  
hasta tu pequeño pié,  
yo sé... pero pluma tiente  
y no digas lo que sé.

Adios mi desconocida;  
y si una ilusión querida  
te pinta en sueños amores,  
Dios haga que broten flores  
en el jardín de tu vida.

ENRIQUE PEREZ ESCRICH.



Citaban delante de una señora el antiguo adagio: «La mano derecha debe ignorar lo que hace la izquierda.»

—No me hable usted de este absurdo precepto,—exclamó.

—Debió inventarlo algún pianista que tocaba muy mal.

—¿De que te vés á vestir este año? preguntó en Carnaval un estudiante á otro.

—¿Yo? de lo mismo que el anterior; de fiado.

En una tienda:

El dependiente.—Se puede dejar en cinco duros...

El parroquiano (marchándose).—¡Pues lo dejo!



Mató á un hombre Juan Estrada,  
se vistió de peregrino,  
y se ocultó en la posada  
de un antiguo camarada,  
en cierto pueblo vecino.

Descubierto el paradero  
prendió el juez al posadero,  
y exclamaba el muy ladino:  
yo soy todo un caballero;  
doy posada al peregrino.

JUAN J. HERRANZ.

Valiéndose de las tretas  
Que su astucia le dictó,  
A un cojo que se durmió  
Robó un ladrón las muletas.

Con razones muy discretas  
Al ver tan infame acción  
Mostrando resignación  
Y dando tregua á su enojo  
«¡Plegue al cielo—dijo el cojo—  
Que le sirvan al ladrón!»

FEDERICO BALART.





## LA PRIMERA Y LA ÚLTIMA

I  
ANTES DEL BAILE

La carta de Julia no tenía vuelta de hoja. Antonio la leyó de nuevo:

«Ha llegado la ocasión de poner á prueba tu cariño. Mañana noche reciben las de Pérez, aquellas señoras tan antipáticas de la calle del Turco, y habiéndonos invitado personalmente no ha habido medio de resistir. Hazte presentar por alguno de tus amigos y podremos pasar reunidos tres ó cuatro horas. El primer wals es para tí. No admito excusas. Si no vés, todo habrá concluido entre nosotros.

Tuya siempre

JULIA.»

Antonio estrujó la carta y dió un puñetazo sobre la mesa.

Su situación era digna de lástima. Amaba á Julia y odiaba el baile. Tenía veinticuatro años y no sabía lo que era una polca. Sus compañeros de oficina lo presentaban siempre como el tipo mas acabado de lo que ha dado en llamarse hombre *peña*.

¿Qué hacer?

No asistir al baile pretestando una enfermedad respectiva ó una ocupación urgente, eran recursos que había empleado en muchas ocasiones, y Julia no estaba dispuesta á admitirlos esta vez. Asistir á la *soirée* de las de Pérez y no bailar con su novia, vendría á ser un rompimiento de relaciones. Atreverse á bailar, él, que nunca se había encontrado en semejante trance, era decirse á poner en ridículo á Julia.

¿Cómo salió de aquel apuro?

La providencia en forma de periódico vino á sacarle del atolladero. Preocupado Antonio y exprimiendo su magín para encontrar una idea luminosa, fijó al azar los ojos en la cuarta plana de *La Correspondencia* y un anuncio con letras muy grandes le arrancó un grito de alegría. Decía así:

BAILE, ESGRIMA, GIMNASIA CEREBRAL.  
DIEGO CAMELI

DA LECCIONES Á DOMICILIO

Se garantiza el pronto resultado

Leer las anteriores líneas y salir en busca del señor Cameli fué para Antonio cuestión de dos minutos.

—¿Es al señor maestro de baile á quien tengo el honor de dirigirme?—dijo entrando en la habitación del anunciante.

—Perdonad, señor mío;—respondió el interpelado;—estais en presencia de un profesor de coreografía teatral y de salón. ¿En que puedo seros útil?

Antonio contó al coreógrafo el apuro en que se encontraba y la necesidad que tenía de aprender á bailar un wals en el impropio plazo de treinta y seis horas.

—No os apureis, caballero; yo os sacaré del compromiso. Mañana noche, creedme, bailaréis el wals que tanto os preocupa.

—Amen;—esclamé mirando de alto á bajo al que iba á ser mi salvador.

Era este un hombre como de cincuenta años, de ojos vivos, pequeño de estatura, y cuya enmarañada y luenga cabellera venía á descansar sobre el mungriento cuello de su levita. La palidez de su rostro demostraba un ayuno mas continuado de lo que la iglesia prescribe.

—Caballero,—me dijo ofreciéndome una silla y sentándose él en otra;—aunque no hay tiempo que perder, permitid que os diga dos palabras. La situación en que os encontráis me pone de manifiesto las funestas consecuencias del desden con que miran los gobiernos la rama mas importante del árbol de la educación. Se crean clases de griego, de agricultura, de retórica, etc., etc., y se olvida, no haciéndola obligatoria, la enseñanza de la coreografía.

Y ¿qué ha de suceder? Fácil es adivinarlo. La juventud, ó se entrega al baile, sin principios, de oído, como si dijéramos, ó huye como vos de la sociedad que le señala con el estigma de los ignorantes.

—Caballero!—le interrumpí.

—No hay que incomodarse. Vos sereis mas persona ilustrada, lo reconozco; pero vuestra ilustración es incompleta ignorando, como ignorais, los principios mas elementales del baile. La generalidad de las personas creen que bailar se reduce á dar dos cabriolas en un escenario ó á mover los pies en un salón al compás de una habanera jerror crasísimo!

El baile nace como la criatura. Educarlo, perfeccionarlo; hé ahí la misión de los profesores coreógrafos. ¿No habeis observado como los recién nacidos mueven los brazos y las piernas? Ese es el baile espontáneo.

¿No observais cómo el hombre al recibir una noticia agradable se agita y salta sin poderse contener? Ese es el natural.

Perfeccionad esos movimientos, dadles reglas fijas, y al aplaudir en el teatro á una Pinchiara, al admirar en un salón los rápidos y acompasados giros de una enamorada pareja, exclamareis: ¡Bien hayan los Gobiernos que dedican su atención preferente á la propaganda de los estudios coreográficos! ¡Baldón eterno para aquellos que no le tienden una mano generosa! Yo soy pobre, bien lo veis—(y esto era evidente, pues la habitación de Cameli respiraba pobreza y suciedad;—pero, creedme, mas de tres y mas de cuatro personajes que hoy brillan en la política y han

regido los destinos del país me deben cuanto son. Un baile ensayado por mí ha sido la base de su fortuna, y os lo voy á probar citando algunos casos. Una noche fui llamado por un general con mando y en dos lecciones le enseñé unos *lanceros* con los cuales consiguió, en casa de cierta marquesa, una victoria mas grande que las que había alcanzado en los campos de batalla. Otra vez un Ministro, que era cojo, tuvo que bailar un wals corrido y gracias á mi lección, salió del compromiso tan á la perfección que su pareja, que era la señora de un embajador, no pudo saber del pie que cojeaba á pesar de estar bailando mas de media hora. En otra ocasión....

Antonio se levantó de la silla dispuesto á tatar la boca de aquel hombre con el primer objeto que hallara á mano, al ver que aquella charla iba á ser eterna.

Por fin logró reducirle al silencio y convenir el plan de enseñanza y los honorarios que había de satisfacer.

Acto seguido, Antonio regresó á su casa, y un cuarto de hora despues se presentó en ella el señor Cameli llevando debajo de la capa un violin que, por su tamaño, podría intitularse violon.

Comenzó la academia.

El profesor le explicó los *compis* los *destaques ligados* y *sin ligar*, y otra porción de primores cuyo tecnicismo era difícil de retener en la memoria. Despues bailó Cameli un wals acompañándose con el violin, luego hizo bailar solo á Antonio, y por último, bailó con el discípulo haciendo él el papel de señora. Bien pronto el nuevo bailarín creyó que la habitación daba vueltas y cayó al suelo mas mareado que si se hubiera encontrado en alta mar con un temporal deshecho. Despues de tomar descanso, y tranquilizarse su cabeza, volvió á la conga, y así sin mas intervalo que el indispensable para comer y dormir tres horas, baila que baila, llegaron maestro y discípulo á las ocho de la noche de la fiesta.

—Ya estais aprobado,—le dijo el primero al segundo;—con un poco de calma y desechando el miedo podeis desde luego bailar y bailar bien esta noche.

Y se despidieron.

Antonio, una vez solo, se abrazó á una silla y, tarareando el wals que había oído á Cameli, comenzó á dar vueltas por la habitación con objeto de perfeccionarse.

II

EN EL BAILE.

Con el mismo abatimiento que si se dirigiera al suplicio, se encaminó Antonio á casa de las de Pérez á las diez de la noche.

A pesar del continuado ejercicio á que había sometido sus pies durante treinta horas, y á pesar de las seguridades que la había dado Cameli, Antonio temía un fracaso.

Cualquiera que le hubiera visto cruzar las calles aquella noche le habría tomado por un loco. De cuando en cuando, y tarareando siempre el wals consabido, movía los pies haciendo *destaques*, y cada vez que volvía una esquina daba una vuelta, todo para ensayarse hasta el último momento.

Llegó por fin á la casa de la fiesta y aún en la misma escalera hizo varias cabriolas, y en una de ellas rodó hasta la portería. Tentado estuvo de volverse á su casa, aun á riesgo de quedar mal con Julia, pero al ir á ponerlo por obra la encontró á ella que llegaba en aquel momento con su mamá, y ya no pudo retroceder. Cerró los ojos y se dispuso al sacrificio.

—Al fin me has complacido; ¡cuanto lo agradezco!—fué la primera palabra que pronunció su adorada Julia.

—¡Bien puedes decirlo!—murmuró Antonio;—ya sabes cuanto odio el baile y que solo por tí me voy á hacer presentar en esta casa.

Seguidamente hizo pasar recado á un amigo suyo, este salió y juntos pasaron á la sala á hacer la presentación oficial.

—Tengo el gusto de presentar á V., etc., etc., etc.—dijo el amigo á la señora de la casa.

—Tengo una satisfacción inmensa, etc., etc.—contestó la dicha señora.

En aquel momento el piano preludió una polca, y diez ó doce parejas se prepararon á bailar.

Antonio empezó ó sudar la gota gorda, y la sudó aun mayor al decirle Julia:

—No te olvides de pedir este baile á Rosita.—Rosita era la hija de la casa.

—¡Aquí te quiero escopeta! digo ¡aquí te quiero Cameli!—murmuró Antonio; y dirigiéndose á Julia, le dijo:—el caso es que no estoy fuerte en polcas; si fuera un wals....

—No digas eso; bailar una polca es lo más sencillo del mundo: no tienes más que dar dos pasos á un lado y dos á otro. Además, Rosita es lijera como una pluma y, aun sin que sepas gran cosa, saldrás adelante; pero no pierdas tiempo, dirígete á ella y enseguida bailaremos nuestro wals.

Antonio vió que estaba acorralado, y, dispuesto á todo, invitó á Rosita, esta se puso de pie y...

¡Allá vá la nave!

¡Quién sabe dó vá!

Lo que pasó entonces no es para contarlo. Antonio, aturdido, dió un paso y al siguiente, sin darse cuenta de lo que hacia, salió disparado como una bala bailando el wals de Cameli.

—¿Qué hace usted, caballero! ¿Qué es esto!—gritaba Rosita tratando de desasirse; pero era en vano pues Antonio, como si le hubieran dado cuerda, siguió dando vueltas con la chica y pasando por ojo á cuantas parejas hallaba en su desenfadada carrera.

—¡Apartarse! ¡apartarse!—gritaban todos;—¡que viene! ¡que viene!—Y Rosita seguía exclamando:—¡Pare usted, pare usted, por piedad!

Todas las parejas dejaban de bailar; solo Antonio, llevando á remolque á la suya, corría de un extremo á otro de la sala, chocando con personas y con muebles y causando contusiones y desperfectos á unos y á otros.

Al fin rodaron al suelo, y entonces Antonio, con el caballo erizado, rotos los guantes y los quevedos, y con un pedazo de pulsera en la cadena de su reloj y un pendiente prendido en la corbata, como volviendo en sí, se levantó rápidamente y, saliendo como un rayo de la sala, ganó en dos brinco la escalera y, una vez en la calle, echó á correr sin que lograran darle alcance tres ó cuatro papás y otros tantos novios que salieron en su persecución.

La sala de las de Pérez entretanto presentaba un aspecto importante; aquello era un campo de Agramante.

Un portier, cuatro sillas, dos veladores, tres candelabros, un album de retratos y una dentadura,—postiza por supuesto,—se hallaban tirados sobre la alfombra. En una butaca se encontraba Julia, dando gritos, con un violento ataque de nervios. A Rosita, con el traje destrozado y el cuerpo lleno de contusiones, fué preciso conducirla al lecho inmediatamente. Su mamá, á quien el codo de Antonio echó fuera la dentadura, que aunque artificial estaba muy asegurada, echaba sangre por la boca. Un caballero muy gordo se estropeó un ojo por haberle entrado en él una punta de la peineta de Rosita. El amo de la casa aseguraba que había recibido en la cabeza un martillazo. Por último, ocho ó diez señoras tenían los pies medio deshechos á fuerza de pisotones. Uno de los contentulios fué á la casa de socorro en busca de médicos, é, interin estos llegaban, el señor Pérez hacia beber tula á los lesionados, y preparaba hilas para la primera cura.

A todo esto no se oían más que denuestos para el pobre Antonio, que, solo á la ligereza de sus piernas, deb ael llegar entero á su casa.

III.

DESPUES DEL BAILE.

Pero ¡en que estado tan lastimoso arribó á su domicilio, despues de aquel deshecho temporal!

Ocho dias permaneció en cama sin que le abandonara la fiebre; el médico llegó á temer por su vida, pero al fin consiguió devolverle la salud.

Los sucesos de la noche del baile le parecían un sueño al discípulo de Cameli, pero bien pronto su criado le hizo ver la triste realidad entregándole un paquete de cartas y tarjetas.

La primera que leyó, de aquellas, era de Julia. En ella le llamaba loco y mal caballero y le encargaba que no volviera á acordarse ni del santo de su nombre. La segunda era del amigo que lo presentó en el baile. Le llamaba estúpido y le exigía una satisfacción. La que leyó despues era del señor Pérez y le retaba á un duelo á muerte; é igual reto le dirigian una docena de señores más, en nombre de otras tantas señoras contusas de mayor ó menor cuantía.

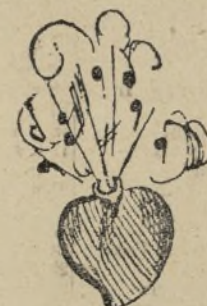
Antonio, no sabiendo como acudir á aquella colección de duelos, consiguió de los ofendidos que el desafío se llevara á cabo con el que la suerte designase.

La designación recayó en el señor Pérez que, además de esa suerte tuvo la de atravesar una mano á Antonio, con cuya sangría se dieron todos por satisfechos.

Desde entonces, Antonio huye de los bailes como el demonio huye de la cruz, y el recuerdo de aquella malhadada polca lo tiene siempre muy á la mano.

Y es natural. ¡Quedó manco en el desafío.

CÁRLOS CANO.



## CABEZA Y CORAZON

Calla, calla corazón,  
no quiero consejos tuyos,  
¡todos me tratan de necio  
cuando sigo tus impulsos!

Aconséjame cabeza  
con la frialdad de tu cálculo,  
verás cual dice la gente:  
—¡Es muy listo ese muchacho!

TOMÁS CAMACHO.

Una señora vá por la calle con un hijo suyo de seis años.

Una pobre se acerca á pedir limosna.

—Señora, una limosna por Dios, que no tengo pan que llevar á la boca.

—Tome usted.

—Qué te ha dicho, mamá? pregunta el niño.

—Qué no tiene pan. ¿No te dá lástima?

—No, mamá; á mí me gusta comerlo todo sin pan.

Pronunciando el elogio fúnebre de un misionero, dijo el orador: «¡Tal era la poderosa fuerza de la elocuencia de este santo varon, que en un solo dia convirtió á diez mil salvajes en una isla desierta!»

—¿Tendrá usted mucho frio con esa capa llena de agujeros?

—No, señor; porque el frio que entra por un agujero sale por otro.



## EPÍGRAMAS.

Llaman á Silvestre Romo  
Distinguido literato.  
Y es justo, pues lo que escribe  
Se distingue por lo malo.

Aunque murmuraron mucho  
De los amores de Juana,  
Llevó cuando la enteraron,  
En cada mano una palma.

LUIS VIDART.

Riéndome mucho ayer  
De la casada Juanita,  
Que choca por lo chiquita,  
Atreviose á responder:  
—No rías con esas ganas  
Que aunque ves que soy así,  
Se pueden sacar de mí  
Una docena de Juanas.

Buscaba cierto pedante  
Un consonante á jumento,  
Y no saliendo adelante  
Otro le dijo: «escremento.»  
Entónces con tontería,  
Por no recibir tal mengua,  
Repuso aquel: «lo tenía  
En la punta de la lengua.»

V. M. MULLER.

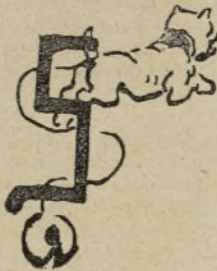


## PALIQUE

—¿Cual es la P mejor empleada?  
—La pe-lotera.

—¿Y la L más lujosa?  
—La ele-gante.  
—¿Y la N mas blanda?  
—La ene-miga.  
—¿Y la K mas cristiana?  
—La ca-misa.  
—¿Y la C mas dura?  
—La ce-losa.

—¿Cual es el colmo del hambre?  
—Comerse la mitad de las palabras.  
¿Y el del frio?  
—Salir con capa y bufando los dias de aduiento.  
¿Y el de la avaricia?  
—No dar cuerda al reloj.  
¿Y el de la negligé?  
—Comer de gorra.



## ¡POBRE NIÑO!

olo, triste y harapiento  
por una calle marchaba  
y su manita alargaba  
cuando con sentido acento  
la caridad imploraba.

Un caballero pasó  
muy deprisa, muy deprisa.....  
El niño así que le vió  
un ochavo le pidió  
con hechicera sonrisa.

Y aunque caso no le hacía  
el niño tras él seguía,  
y con lastimero grito:  
—un ochavo—repetía—  
un ochavo, señorito.

El rico al ver enfadado  
que aquel seguía pidiendo,  
le rechazó de su lado,  
y el infeliz, resignado,  
alejóse sonriendo.

¡Pobre víctima inocente  
de alguna pasión mundana!  
Hoy es ángel sonriente,  
mañana..... tal vez mañana  
será infame delincuente

Que educado en la vagancia  
desde la más tierna infancia,  
sin padres sin protectores,  
será su misma ignorancia  
la causa de sus errores.

Y perdiendo la dulzura  
de su angelical sonrisa,  
recorrerá en su locura  
del vicio la senda impura  
muy deprisa, muy deprisa...

TOMÁS CAMACHO.

## ALMANAQUE DE LA MOSCA

PARA 1882.

TERCERA EDICION

Diríjanse los pedidos á D. Guillermo Parera, 6,  
Pino, 6, Barcelona, acompañando su importe en  
sellos de correo.



FIN.

IMPRESA LA RENAIKNSA, XUCLÁ. 13, BAJOS.

## SANTORAL (1)

ENERO	FEBRERO	MARZO	ABRIL	MAYO	JUNIO
1 l. La Circuncision del señor 2 m. Ven. de la Virgen á Zar. 3 m. sta. Genoveva vg. 4 j. s. Aquilino. 5 v. s. Elefuro, papa y mr. 6 s. La adorac. de los reyes. 7 d. s. Raimundo de Peñafort. 8 l. s. Severino obispo. 9 m. sta. Basilia, mr. 10 m. s. Nicanor mr. 11 j. s. Higinio papa. 12 v. s. Victoriano abades. 13 s. s. Gumerindo. 14 d. s. Hilario ob. 15 l. s. Mauro ob. 16 m. s. Fulgencio ob. y cfr. 17 m. s. Anton abad. 18 j. s. Pedro en Roma. 19 v. s. Canuto rey y mr. 20 s. s. E. bian papa. 21 d. s. Fructuoso ob. mr. 22 l. s. Vicente. 23 m. s. Ildefonso. 24 m. nra. Señora de la Paz. 25 j. sta. Elvira. 26 v. s. Policarpo ob. mr. 27 s. Juan Crisóstomo abog. 28 d. s. Tirso mr. 29 l. s. Valero ob. 30 m. s. Lesmes abad. 31 m. s. Pedro Nolasco.	1 j. s. Cecilio ob. mr. 2 v. La Pur. de Ntra. Sra. 3 s. s. Blas ob. 4 d. s. Corsino. 5 l. s. Martin de la Ascen. 6 m. sta. Dorotea. 7 m. s. Romualdo ob. 8 j. s. Juan de Mata fdr. 9 v. sta. Polonia vg. y mr. 10 s. sta. Escolástica vg. 11 d. s. Desiderio. 12 l. s. Gaudencio. 13 m. s. Benigno. 14 m. Beato Juan Bautista. 15 j. sta. Jovita. 16 v. s. Elias mr. 17 s. s. Juan de Capadocia mr. 18 d. s. Eladio arz. 19 l. s. Gabino pbro. 20 m. sta. Irene. 21 m. s. Obidio conf. 22 j. La Cat. de s. Pedro Ant. 23 v. s. Florencio. 24 s. s. Modesto ob. 25 d. N.ª S.ª de Guadalupe. 26 l. s. Faustino. 27 m. s. Baldomero conf. 28 m. s. Macario.	1 j. s. Angel de la Guarda. 2 v. sta. Eudisia. 3 s. s. Emeterio. 4 d. s. Casimiro. 5 l. s. Eusebio mr. 6 m. s. Cirilo. 7 m. s. Tomas de Aquino. 8 j. s. Juan de Dios fr. 9 v. sta. Francisca viuda. 10 s. s. Meliton. 11 d. sta. Aurea vg. 12 l. s. Gregor o papa. 13 m. sta. Eufasia. 14 m. sta. Matilde reina. 15 j. s. Raimundo abad. 16 v. s. Abraham solitar. 17 s. s. Patricio apos. 18 d. s. Braulio ob. 19 l. s. José patr. de la Iglesia. 20 m. sta. Eufemia mr. 21 m. s. Benito. 22 j. s. Deogracias. 23 v. s. Victoriano. 24 s. s. Pausides. 25 d. s. Dimas ladron. 26 l. s. Teodoro ob. y mr. 27 m. s. Ruperto ob. y conf. 28 m. s. Sixto. 29 j. s. Bertoldo conf. 30 v. s. Juan Climaco. 31 s. s. Amós.	1 d. sta. Teodora mr. 2 l. s. Francisco de Paula fdr. 3 m. s. Benito de Palermo c. 4 m. s. Isidoro arz. 5 j. s. Vicente Ferrer. 6 v. s. Celestino papa y conf. 7 s. s. Ciriaco mr. 8 d. s. Alberto. 9 l. sta. Casilda vg. y mr. 10 m. s. Ezequiel profeta. 11 m. s. Leon I Magno. 12 j. s. Julio papa. 13 v. s. Hermenegildo rey y mr. 14 s. sta. Domnina vg. mr. 15 d. sta. Anastasia mr. 16 l. sta. Engracia vg. y mr. 17 m. La bta. M.ª Ana de Jesús. 18 m. s. Dionisio. 19 j. s. Hermógenes. 20 v. s. Cesáreo ob. 21 s. s. Anselmo ob. y dr. 22 d. s. Sotero papa y mr. 23 l. s. Jorge. 24 m. sta. Bona vírgen. 25 m. s. Marcos. 26 j. s. Cleto mr. 27 v. s. Zita mártir. 28 s. s. Prudencio ob. 29 d. s. Roberto abad. 30 l. sta. Sofia vg. y mr. 31 m. s. Urbano.	1 m. s. Felipe apostol. 2 m. sta. Zoé mr. 3 j. La Ascenc. del Señor. 4 v. sta. Mónica vda. 5 s. s. Pio V. papa. 6 d. s. Benedicto papa. 7 l. s. Estanislao ob. y mr. 8 m. s. Gregorio Nariaceno 9 m. N.ª S.ª de desaparecidos. 10 j. s. Antonino arz. 11 v. s. Evelio mr. 12 s. s. Domingo de la Calzada. 13 d. s. Pedro Regalado. 14 l. s. Pacomio. 15 m. s. Isidro. 16 m. s. Juan Nepomuceno. 17 j. s. Pascual Bailon. 18 v. sta. Claudia mr. 19 s. s. Ivo abog. 20 d. s. Benardino de Sená. 21 l. s. Victorio mr. 22 m. sta. Quiteria vg. mr. 23 m. La Ap. de Santiago apos. 24 j. sta. Marciana mr. 25 v. sta. Magdalena de P. 26 s. s. Felipe Neri conf. 27 d. s. Juan papa. 28 l. s. German ob. 29 m. s. Voto. 30 m. s. Fernando r. de España 31 j. sta. Petronila vg.	1 v. s. Inigo. 2 s. s. Erasmo mr. 3 d. sta. Clotilde reina. 4 l. s. Francisco Caracciolo. 5 m. s. Quirico mr. 6 m. s. Norberto fund. 7 j. s. Roberto abad. 8 v. s. Medardo ob. 9 s. Feliciano mr. 10 d. sta. Margarita. 11 l. s. Bernabé apostol. 12 m. s. Onofre. 13 m. s. Antonio de Padua. 14 j. s. Eliseo. 15 v. s. Crescencio mr. 16 s. Quirico mr. 17 d. s. Manuel y comps. mr. 18 l. s. Ciriaco. 19 m. s. Lamberta. 20 m. s. Silverio papa. 21 j. s. Luis Gonzaga. 22 v. s. Paulino. 23 s. sta. Agripina. 24 d. Nati. S. Juan Bautista. 25 l. sta. Orasia vg. y mr. 26 m. s. Pablo mr. 27 m. s. Ladislao. 28 j. s. Leon II papa. 29 v. sta. Benita vg. 30 s. s. Marcial ob. 31 l. s. Silvestre papa.
JULIO	AGOSTO	SEPTIEMBRE	OCTUBRE	NOVIEMBRE	DICIEMBRE
1 d. s. Secundino mr. 2 l. La Visitacion de Ntra. Sra. 3 m. s. Trifon y comps. mrs. 4 m. sta. Isabel. 5 v. s. Miguel de los Stos. 6 j. s. Rómulo ob. 7 s. s. Fermín ob. 8 d. s. Procopio mr. 9 l. s. Cirilo mr. 10 m. s. Cristóbal mr. 11 m. s. Pio I papa y mr. 12 j. s. Juan Gualberto, ab. 13 v. s. Anacleto papa y mr. 14 s. Buenaventura arzob. 15 d. s. Camilo de Lellis fr. 16 l. s. El Triunfo de sta. Cruz. 17 m. s. Alejo confesor. 18 m. sta. Sinfrosia. 19 j. s. Vicente de Paul. 20 v. sta. Librada. 21 m. sta. Práxedes vg. y mr. 22 d. sta. Maria Magdalena. 23 l. s. Liborio ob. 24 m. sta. Cristina vg. mr. 25 m. Santiago Apóstol. 26 j. sta. Ana. 27 v. s. Pantaleon. 28 s. Celso mr. 29 d. sta. Beatriz mr. 30 l. stos. Abdon y Senen mrs. 31 m. s. Ignacio de Loyola fr.	1 m. s. Pedro. 2 j. Ntra. Sra. de los Angeles. 3 v. s. Esteban p. mr. 4 s. s. Domingo de Guzman. 5 d. s. Emigdio ob. 6 l. La Trans. del Señor. 7 m. s. Alberto carmelita. 8 m. s. Smaragdo. 9 j. s. Roman mr. 10 v. s. Lorenzo. 11 s. sta. Susana vg. y mr. 12 d. sta. Clara vg. y fda. 13 l. s. Casiano mr. 14 m. s. Eusebio pro. y conf. 15 m. La Asuncion de N.ª S.ª. 16 j. s. Roque dom. conf. 17 v. s. Mamés mr. 18 s. s. Agapito. 19 d. s. Mariano. 20 l. s. Bernardo Abad. 21 m. sta. Juana F.ª Fremiot. 22 m. s. Fabriciano mr. 23 j. s. Felipe Benicio conf. 24 v. s. Bartolomé. 25 s. s. Ginés cómico. 26 d. s. Licer ob. 27 l. s. José de Calasanz. 28 m. s. Agustín ob. 29 m. La Deg. de s. J. Bautista. 30 j. sta. Rosa. 31 v. s. Ramon Nonato.	1 s. s. Lupo obispo. 2 d. s. Antolin. 3 l. sta. S. rapia vg. 4 m. sta. Cándida vg. 5 m. sta. Obdulia vg. 6 j. s. Custodio. 7 v. sta. Regina. 8 s. La Natividad de N.ª S.ª. 9 d. s. Gorgonio. 10 l. sta. Pulqueria reina. 11 m. s. Paciente mr. 12 m. s. Eulogio ob. 13 j. s. Amado. 14 v. s. General mr. 15 s. s. Nicomedes mr. 16 d. s. Cipriano ob. 17 l. s. Pedro de Arhués mr. 18 m. s. Tomás de Villanueva. 19 m. s. Genaro. 20 j. s. Eustaquio. 21 v. sta. Ifigenia vg. 22 s. sta. Iginia. 23 d. sta. Tecla vg. y mr. 24 l. Ntra. Sra. de la Merced. 25 m. sta. Pancracia vg. 26 m. s. Orenio. 27 j. s. Cosme mr. 28 v. s. Wenceslao mr. 29 s. s. Marcial mr. 30 d. s. Jerónimo fundador.	1 l. s. Remigio. 2 m. s. Saturio español. 3 m. s. Cándido. 4 j. s. Francisco de Asís fdr. 5 v. s. Plácido. 6 s. s. Bruno. 7 d. s. Marcos papa y conf. 8 l. sta. Pelagia penitente. 9 m. s. Dionisio Areopagita. 10 m. s. Luis Bertran conf. 11 j. s. Nicasio ob. 12 v. Ntra. Sra. del Pilar. 13 s. sta. Celedonia vg. 14 d. s. Fortunato papa. 15 l. sta. Teresa de Jesús. 16 m. s. Florentino mr. 17 m. sta. Eduvigis. 18 j. sta. Trifonia emp. 19 v. s. Pedro de Alcántara. 20 s. s. Juan Cancio. 21 d. s. Hilarión. 22 l. s. Juan Capritano. 23 m. s. Pedro Pascual. 24 m. s. Rafael. 25 j. s. Crispin y Crispiniano. 26 v. s. Mariano mr. 27 s. sta. Cristeta. 28 d. s. Simon apóstol. 29 l. s. Narciso. 30 m. s. Babil ob. 31 m. s. Urbano.	1 j. Fiesta de Todos Santos. 2 v. sta. Eustaquia vg. mr. 3 s. s. Armengol b. cf. 4 d. sta. Modesta. 5 l. s. Zacarías pro. y mr. 6 m. s. Leonardo abad. 7 m. s. Amaranto. 8 j. Los Cuatro Santos mrs. 9 v. s. Teodoro mr. 10 s. s. Andrés abog. 11 d. sta. Mena mr. 12 l. s. Diego. 13 m. s. Homobono cs. 14 m. s. Serapio mr. 15 j. s. Leopoldo emp. 16 v. s. Fidencio ob. 17 s. s. Gregorio. 18 d. s. Odon abad. 19 l. sta. Isabel. 20 m. s. Félix de Valois. 21 m. La Presen. de Ntra. Sra. 22 j. sta. Cecilia vg. 23 v. s. Clemente papa. 24 s. s. Juan de la Cruz conf. 25 d. s. Mercurio. 26 l. s. Conrado ob. 27 m. s. Facundo. 28 m. s. Rufo. 29 j. sta. Iluminada mr. 30 v. s. Andrés.	1 s. sta. Natalia mr. 2 d. sta. Bibiana vg. y mr. 3 l. sta. Magina mr. 4 m. sta. Barbara vg. y mr. 5 m. s. Fabas abad. 6 j. s. Nicolás. 7 v. s. Ambrosio ob. 8 s. La Pma. Con. de N.ª S.ª. 9 d. sta. Leocadia vg. mr. 10 l. sta. Eulalia vg. mr. 11 m. s. Dámaso papa. 12 m. s. Constantino. 13 j. sta. Lucía vg. y mr. 14 v. s. Espiridion ob. 15 s. sta. Cristina vg. 16 d. sta. Adelaida. 17 l. s. Franco de Sena. 18 m. La Expec. de N.ª S.ª. 19 m. s. Nemesio. 20 j. s. Domingo de Silos. 21 v. s. Tomás apos. 22 s. s. Demetrio m. 23 d. sta. Victoria. 24 l. s. Delfín. 25 m. sta. Tarsila vg. 26 m. s. Esteban mr. 27 j. s. Juan apos. 28 v. Los stos. Inocentes. 29 s. s. Tomás mr. 30 d. sta. Anisia. 31 l. s. Silvestre papa.

(1) En la imposibilidad de publicar un santoral completo á causa de la falta de espacio necesario para ello, y no disponiendo por otra parte del tiempo ni voluntad para garantizar á nuestros lectores la exactitud de los datos religiosos que en el que ofrecemos figuran, advertimos al devoto que nos lea, que para el objeto, lo mejor es adquirir en la librería de D. Guillermo Parera, 6, Pino, 6, un ejemplar cualquiera de los muchos Almanaques de otros títulos y clases que tiene á la venta para el año 1883, en los cuales con seguridad podrán encontrarse mejor que en el de LA MOSCA ROJA dichas noticias religiosas.







AÑO 2.º

# LA MOSCA ROJA

PERIÓDICO POLÍTICO JOCO-SERIO  
CON CARICATURAS AL CROMO

## PRECIOS DE SUSCRICION

### BARCELONA.

Tres meses. . . . . 2 Ptas.  
Seis meses. . . . . 4 »  
Un año. . . . . 8 »

### PROVINCIAS.

Tres meses. . . . . 2'50 Ptas.  
Seis meses. . . . . 5 »  
Un año. . . . . 10 »

### ULTRAMAR Y ESTRANJERO.

Seis meses. . . . . 10 Ptas.  
Un año. . . . . 20 »

### NÚMERO SUELTO CORRIENTE, ORDINARIO,

En Barcelona.. . . . 4 CUARTOS.  
En el resto de España. . . . . 15 Cs. de Pta.

### NÚMERO ATRASADO,

En toda España.. . . . 25 Cs. de Pta.  
Coleccion completa del año 1.º . . . . . 15 Ptas.

### ADMINISTRACION:

ESTABLECIMIENTO DE LIBRERIA DE GUILLERMO PARERA  
6, PINO, 6,  
BARCELONA.

Esta casa es la primera que recibe en Barcelona todas las novedades bibliográficas españolas y extranjeras, admite encargos de librería y suscripciones á toda clase de periódicos, siendo una verdadera especialidad por la rapidez con que cumple los que se la confían. *Sucursales* de la misma bajo el nombre de *Bibliotecas de los caminos de hierro*, en todas las principales estaciones de los ferro-carriles españoles.

6, PINO, 6, BARCELONA 6, PINO, 6.